

**primera parte:  
personalidad y creatividad**

**objetividad, simbolismo y  
constitución de la  
personalidad**

**josé luis de la mata**



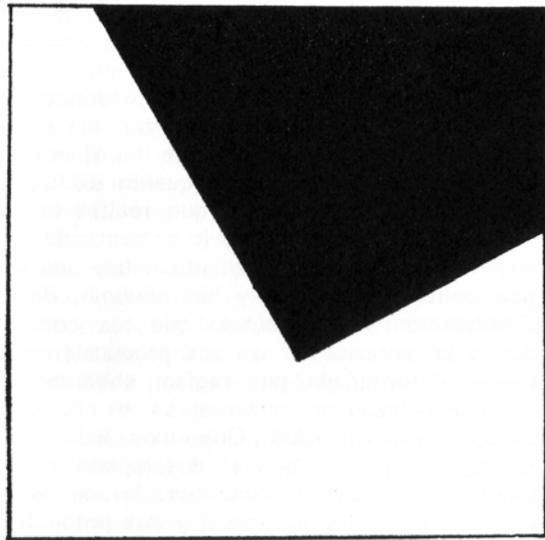
Editado con motivo de las conferencias pronunciadas por el Profesor D. José Luis de la Mata, dentro del ciclo, Creatividad y Personalidad, en Pamplona en el mes de Abril de 1980.

#### **CONFERENCIAS:**

**Lunes 28. Hora 8 tarde:** "Un análisis psicológico de la personalidad: la estructura simbólica de la subjetividad".

**Martes 29. Hora 8 tarde:** "Sociodinámica de la creatividad: los procesos dialécticos de constitución del sentido".

**Miércoles 30. Hora 8 tarde:** "Historia, ideología y psicopatología en el análisis de la creatividad".



## PRIMERA PARTE

### Contra el planteamiento psicologista de la creatividad

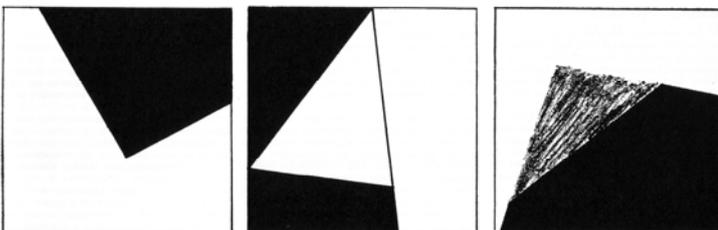
#### Personalidad y creatividad

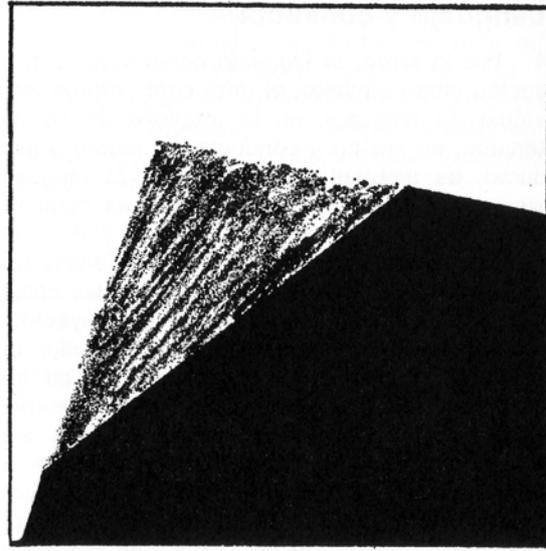
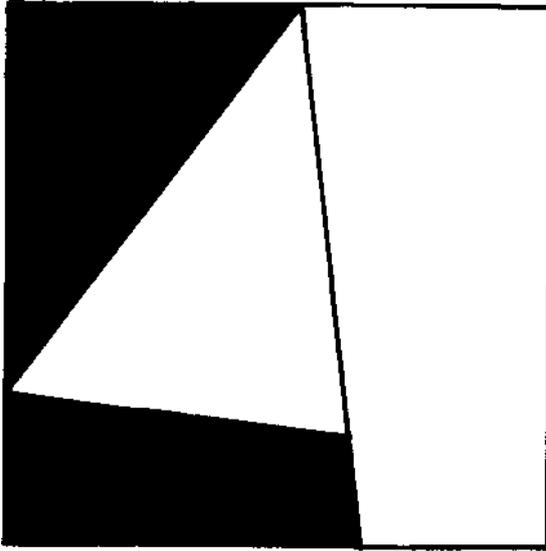
0. No es posible, en modo alguno, tratar de la creatividad sin desbordar, en un solo movimiento, la pretensión exclusivista del análisis psicológico. Como no es posible hablar de personalidad sin trascender inmediatamente a la acción. Acción y creatividad tienen su realización dialéctica en el plano multiestratificado de la simbolización. De la objetividad que se manifiesta en la fórmula del signo y de la simbolización que alcanza sus límites expresivos, por «abajo» y por «arriba», en el síntoma (y en los «mitos» individuales que lo constelan) y en el poema (y en sus análogos científicos o artísticos). Por ello, en estas conferencias (y especialmente en este texto que las acompaña), voy a hablar de símbolos y signos, de significación y sentido, de expresión y comunicación. Como lo que puede desvelarnos una parte de la economía constituyente que la creatividad posee, en la determinación de esa construcción histórica que es la personalidad.

#### El sistema de la acción social

1. Hablar de creatividad, desde una perspectiva que contenga lo psicológico y que, a la vez, lo desborde, es hablar de la acción y de sus producciones. Y hablar de la acción como de una estructura de matrices productoras que posee la radicalidad de una fundación histórica. Pero, por lo mismo, es hablar de personalidad como de un sistema entretrejido de niveles interrelacionados entre sí y cuyos determinantes le son externos (por más que la realización de esos determinantes sea ese sistema personal histórico):

- Historia.





- Economía.
- Poder.
- Ideología.
- Institución.
- Producción.
- Ocultamiento.

En ese sentido, el sistema personal aparece como «**sistema de acción**» o, si se prefiere, desde una perspectiva psicológica más ortodoxa, como un «sistema de conductas». Esto es, la conducta aparece con unas características estructurales que se manifiestan en «técnicas» de adaptación, de producción, de cambio, de defensa, de producción, de simbolización... Alcanzamos así los conceptos en cuyas relaciones cobra operatividad científica el concepto de «personalidad»: conceptos de «situación», de «interacción», de «objetividad», de «significación», etc., etc. Conceptos que integran subsistemas o factores de subsistemas y que se hacen eficaces (epistemológicamente hablando), en la medida en que es posible la operación teórica de su totalización. De lo que surge ese sistema (regular, ordenado, jerarquizado, integrado...), a partir del cual la simbolización, el síntoma y el signo, la creatividad o la «extrañación» no son sino las manifestaciones de un «sistema de acción» que se realiza en sus producciones.

2. Se podrá objetar si es válido que, por evitar un tratamiento psicológico, exclusivamente psicológico de la creatividad, se venga a caer en planteamientos lingüísticos. Entiendo que lo simbólico, como producción material de un sujeto personal, y como producción debe resolver los problemas planteados por tres órdenes de legalidad:

- a) La de la matriz sociocultural a la que pertenece el sujeto concreto.
- b) La del sujeto mismo en situación, que interactúa y produce, en un contexto con-

creto y desde una biografía histórica también concreta y, muchas veces, irreversible.

- c) La del material que va a ser transformado objetiva, comunicacional, significativamente y que ofrece núcleos irreductibles a la actividad formadora.

Lo simbólico, repito, no puede resolverse en un tratamiento exclusivamente lingüístico. Hay dimensiones de la semántica (el orden de construcción referencial) y de la práctica que concretan los planos de expresión-acción del sujeto, pero que, igualmente, lo desbordan individualmente. Lo encontramos en algo tan complejo como es la sesión psicoterapéutica: «**Verbalización**» del sujeto que intenta comunicarse, de sus actitudes, de sus vivencias. «**Interpretación**» como esfuerzo por pasar de lo oculto a lo realizado, de la «intuición» vivida a la significación comunicada. «**Reconstrucción**» del plano del «**sentido**», desde las significaciones ya realizadas. Ahí, en la articulación de esas operaciones, con sus objetos correspondientes, es donde intentamos reconstruir esa totalidad que es la conducta del sujeto. Precisamente, como totalidad de un rasgo relativamente constante y definidor del sistema de acción que es la personalidad histórica de un sujeto-en-situación.

3. Buscamos la realización totalizada de un sujeto que produce e interacciona, que pertenece a una matriz social, que «vive» de los mitos y de las raíces de una cultura, de un pueblo, de un tiempo, de unos dramas. Y lo buscamos como lo que constituye la **específica significatividad** de una estructura personal. No sólo como las **actitudes** que expresan a un Yo en su contacto con el mundo. Sino como lo que da cuenta de un Yo construido y realizado, precisamente en el sistema de sus producciones, de sus relaciones, de sus acciones. Con lo que, en último término, será lo que busquemos un drama, un objeto, un mensaje, una relación.

## Lenguaje y conducta

4. Por lo tanto, el lenguaje como conducta, la acción como símbolo, el mito como drama individual. El lenguaje, en la totalidad de su extensión, es acción y conducta, es medio y producto, es ambiente y realización. El lenguaje supone el ejercicio de las funciones específicamente humanas. Pero, a la vez, y esto es lo excepcional, produce dichas funciones. Las actitudes y la significación vivida de las cosas y sus relaciones, los valores y el proyecto... de un sujeto se expresan en el lenguaje de dicho sujeto: en su «gramaticalidad», en los giros de su construcción semántica y sintáctica, en la connotación como construye sus referentes. Hay una poeticidad radical de la obra que es el índice de la creatividad realmente producida por el sujeto. Y de ahí que considere al simbolismo como una auténtica «vía regia» de acceso a la creatividad y, en definitiva, a la subjetividad.

5. El lenguaje, como constituyente de la subjetividad que se realiza históricamente, representa la ontogénesis sociocultural, biográfica, vivida y valorada, «producida» y actuada de la personalidad. Pero, además, hay índices de significación y valoración que alcanzan hasta la dimensión de la pertenencia ideológica y de la «pertinencia» social y productiva de ése mismo sujeto individual. Es decir, el lenguaje ejercido hace oscilar conductualmente al sujeto entre el símbolo y el mito, entre el síntoma y el rito, entre la metáfora y el tópico o el lugar común. El lenguaje que nos expresa es, a la vez, el lenguaje que nos aprisiona: la sociogénesis y la psicogénesis, pues, se funden en un trayecto contradictorio que es el único que puede dar o llegar a dar cuenta de nuestra personalidad. Es ahí, entonces, donde el síntoma puede llegar a dar cuenta de su valor expresivo-significante y que, por lo tanto, no se trate ni de eliminarlo, amortiguarlo u ocultarlo. Sino realizar el empeño de hacerlo acceder a su valor simbólico.

6. Desde esa consideración, el signo es una dimensión de la conducta, como es una cristalización de la «representación», moneda de intercambio social. Es, además, el corrector de las significaciones exactas del conocimiento. De ahí que escape a todo intento de reducción lógica. Igualmente, el simbolismo penetra todas las dimensiones de la vida social: manifiesta y puede llegar a ocultar las relaciones sociales. Las regula, por otra parte, a la vez que las reduplica, al establecer las conexiones simbólicas que refuerzan las dimensiones prácticas. En ese sentido, los paradigmas simbólicos (y no exclusivamente los paradigmas lingüísticos) afirman y reproducen los paradigmas prácticos y productivos, como tendremos ocasión de ver.

## La objetividad construida

7. El lenguaje «natural» es una estructura genérica, a partir del cual se originan, diferencian y especifican las matrices productivas de la acción y de la interacción. Desde la

estructura genérica (concebida en sus grandes dimensiones de modelación del contexto y de las conductas) se desarrollan las matrices de los lenguajes especializados de las técnicas, las ciencias y las artes. Pero esto tiene que ver con una nueva comprensión de lo que deba comprenderse como objetivación. De lo que se desprende la necesidad de un planteamiento de análisis que parta de lo real «**objetivado**» (= significado, socialmente circulante, en una formación histórico-cultural concreta) a lo real concreto **valorado**, vivido, organizado en las redes concretas del intercambio cotidiano. Ahí se instala toda la estrategia epistemológica que indaga el sentido de la objetivación y la referencia. Sólo en esa perspectiva es posible comprender lo que Martinet precisa al distinguir entre el «lenguaje» y su «uso»: esto es, la necesidad de distinguir entre lo «objetivo» real y lo real «naturalizado», entre eso «real» (significado), realizado por la estructura de la acción social, con las distintas intervenciones de los «códigos» históricamente determinados.

8. Se concibe entonces la objetivación desde un tratamiento que desborda al estrictamente semiótico. Porque no basta con «situar» la objetividad y conectarla con una matriz teórica colectiva dada o en relación con una Ideología determinada. Nos interesa la ley de un sistema histórico, precisamente histórico, que, con sus «lenguajes» (técnicas, ciencias, Ideologías, productividad, etc.), produce esa dimensión de la objetividad o de la semanticidad, en las mil y una formas que adopta la circulación social (teorías, modelos, conceptos, ideas, símbolos, signos, objetos, valores, mitos...). Esa «ley» que puede adoptar una primera presentación esquemática:

- acción — lenguaje(s) — pensamiento  
— producción — ACCIÓN
- comunicación — Significación/Simbolización — INTERACCIÓN — PRODUCCIÓN
- acción — Significantes/Sentido — ACCIÓN

9. Un planteamiento, pues, que nos lleva desde las estructuras de superficie (tal y como aparecen en todas las producciones de la acción histórica) a las estructuras profundas que fundan a las anteriores. Por lo tanto, un estudio, si se quiere, metalingüístico, porque parte de las leyes del lenguaje, pero lo trasciende, ya que, más allá de consideraciones sintáctico-formales, lo que busca son las matrices de la acción que se efectúan en el campo concreto de la **semanticidad/producción**. Lo que representa, como enseguida se verá, una inversión profunda de los estudios tradicionales sobre creatividad. De esa manera, el «objeto», el «designatum», «referente»... no se confunde con ninguna idealidad o abstracción: si se quiere más claro, hablamos de productos sociales que pueden ser una teoría, un sistema de conceptos, un mito colectivo, un símbolo personal, una máquina...

## Estructura de las prácticas objetivadoras

10. Por lo tanto, en este contexto teórico, hablar de «lenguaje» es casi realizar una metáfora. La «lengua» de un lenguaje (en el sentido que le da Saussure) no da cuenta exclusivamente de la semántica que realiza la palabra. Precisamente porque la semántica no está limitada al plano lingüístico: hay una crítica política del signo y del símbolo, de la significación y del sentido que los concibe desde la materialidad de una producción histórica, determinada por reglas, obediente a estímulos sociales, observables o no, pero siempre estructurados. Queremos hablar de «prácticas» en las que el desempeño social limita, pero también posibilita, la expresión de la personalidad individual y sus productos. Por ello, mi propuesta no puede ser más simple: emplazar el análisis desde

- nivel de las estructuras
- intencionalidad de las matrices productoras semánticas de la objetividad y la simbolización
- productividad referencial del lenguaje
- valor productivo de las estructuras
- funciones de la significación y el sentido, en la dinámica creativa de la personalidad.

11. Al avanzar hacia una nueva concepción de la objetividad es obligado conectar la estructura (en su formulación más abstracta) con las matrices productoras, tanto colectivas como individuales. Igualmente, esas matrices productoras deben ponerse como fundadoras de la acción productiva, organizadora, referencial, objetivadora, significativa, simbólica. Ello sólo es posible desde la posibilidad de perfilar un proyecto epistemológico (aquél en el que venimos trabajando hace unos años) que se manifiesta, desde su naturaleza **axiomático-operatoria**, como **constructivismo dialéctico**. Desde esa definición, nuestro proyecto epistemológico aparece como un «proyecto de la racionalidad constructiva» aplicado, específicamente, a un área, la psicología que todavía aparece con delimitaciones poco rigurosas, mal definidas, en ocasiones. Estas dificultades atañen tanto a los conflictos de competencia (al dónde concluye el acta de definición social y dónde comienza lo estrictamente psicológico) como a la imposibilidad de extender una definición unívoca del carácter de lo que deba considerarse como «histórico».

## El constructivismo dialéctico

12. La caracterización del proyecto de racionalidad como «constructivismo dialéctico» alude a dos dimensiones fundamentales de nuestra concepción histórica: de una parte, el valor «construido» de toda objetividad, de todo concepto, de toda significación, producto, simbo-

lismo. El carácter «conocimiento» de una producción teórica (como el carácter plástico de una formación artística y de todo otro producto de la actividad social) no se desprende de una mera sumatoria de factores descriptivos de una realidad que se nos ofrecería como un espejo. El concepto, desde los procedimientos axiomático-operatorios que lo fundan, manifiesta, en la organización de un material dado por la experiencia, el modelo relacional, matemático que analogiza la referencia a un sector de intervención intersubjetiva. El concepto no «representa», sino que formula la estructura matemática (formalizable) de un área de intervención social. Desde su capacidad de objetivación (con la probabilidad o no de técnicas derivadas de intervención transformativa en ese mismo área) es como debe comprenderse su valor de construcción. No es «copia», pues, de ninguna realidad, sino que es acceso teórico-objetivo a esa realidad, a la que, por el hecho mismo de «objetivarla», la abre a la intervención misma de la acción social.

13. De otra parte, el valor dialéctico de esa construcción. La primera referencia se manifiesta en la interrelación necesaria que se da entre el material y los procedimientos de actuación. No hay objetividad posible al margen de la intervención del sujeto. Pero esta intervención es imposible sin la existencia del material sobre el que se interviene. Pero, además, no son posibles actividades de semantización, de realización referencial, de producción simbólica sin que se comprendan esas actividades todas ellas sostenidas por la matriz de referencia del marco teórico, técnico, ideológico, institucional... que perspectiviza, determina y posibilita la producción. La dialéctica alude a la necesidad de operaciones como las de totalización, síntesis, contradictoriedad, etc. Fuera de la red de relaciones que subtiende, de las operaciones que define, de las referencias que mantiene con los otros elementos del sistema, un concepto es nada. Por lo mismo, una modificación no puede sino intervenir desde su propia incidencia de sistema. Y así sucesivamente.

14. Esto es, se trata de una concepción de la referencia y el simbolismo desde la que es posible plantear la objetividad como un producto histórico que critica la pseudonaturalidad del conocimiento. Desde ahí, el concepto deja de ser una categoría «imitativa» o «representativa» y de carácter «realista», para convertirse en una **«estructura relacional-operativa abierta»**. Se elimina así el realismo ingenuo, pero también el substancialismo lingüístico de carácter idealista (Humboldt). Con lo que el objeto resulta ser entonces una **«construcción»**, esto es, «el efecto-producto» de una práctica productiva, **histórica y materialmente determinada**.

15. Lo anterior significa, además, que el conocimiento no sólo es un efecto objetivo, sino que éste es el resultado de un proceso material, de una práctica productiva, cuya eficacia depende de su propia capacidad de incidencia intersubjetiva. Con ello, consecuentemente, se funde el sentido histórico-social de las prácti-

cas significativo-objetivas y sus relaciones con la matriz y la acción sociales. El conocimiento resulta ser así una actividad formadora, organizadora, significativa, históricamente fundada, epistemológica y operativamente determinada y orientada. Por lo tanto, el proyecto abierto de la racionalidad constructivo-dialéctica se inscribe, por su materialidad específica, por su historicidad determinante, en la serie de los procesos productores de formación.

### Valores dialécticos de la estructura

16. Todo lo anterior determina una nueva concepción de «**estructura**»; ya no puede ser aquello que se definía como poseyendo, esencialmente, un carácter relacional y un valor descriptivo. Tampoco añade nada nuevo indicar de la estructura sus características de «repertorio» o de «procedimiento combinatorio». Entre otras cosas, porque ninguna de esas notas da cuenta efectiva de la estructura, desde esas dimensiones constructivas, dialécticas, formalizadoras, operatorias. Es más, porque esas características nos introducen en planteamientos empiristas, más o menos encubiertos por tratamientos lógico-formales. Por el contrario, es necesario destacar los aspectos de

- el carácter constructivo y operacional de la estructura
- su valor de ley interna de los sistemas
- su funcionalidad como dinámica emergente y tectónica de los sistemas abiertos
- su condición como regulación de los procesos de organización y producción.

La estructura posee la funcionalidad dinámica de las organizaciones relacionales que configuran tectónicas no cerradas (si no es por definición), esto es, poseen un valor operatorio que hace integrar a nuevos elementos en la organización que determina (la estructura). Por lo tanto, las estructuras no sólo definen los sistemas (y a sus productos) sino también a los procesos y a las fases. Desde esa consideración, la estructura nunca puede referirse exclusivamente a un repertorio (por más que eso sea lo que pretenda el estructuralismo ortodoxo) o a los lugares sincrónicos de la propia red relacional en la que, supuestamente, consistiría un sistema. Como tampoco apela a una simbólica de carácter formal. Por el contrario, la estructura obedece a las leyes dialécticas de constitución de los sistemas significativo-referenciales y simbólico-activos de la acción y la producción.

17. Por lo tanto, al referirme a «estructura» tengo que hacer mención de las características genéticas, dialécticas, tectónicas, constructivas del conocimiento. De esa manera, el constructivismo dialéctico deja de pertenecer al plano realístico de la substancia, para inscribirse en el plano de una relacionalidad ope-

ratoria, que significa y objetiva, a la vez, un material determinado, por medio de unas técnicas transformacionales que determina y regula la legalidad axiomática del mismo proyecto. Consecuentemente, «**formalización operatoria**» equivale a «objetivación», epistemológicamente regulada y «vigilada».

18. Hay que salir, sin embargo, al paso de un posible equívoco: «**formalización**» nada tiene que ver con la falsa distinción entre forma/contenido, sino que hace referencia, en este contexto teórico, a la ordenación, organización y legalización **significadas** del material tratado. En ese mismo sentido, «formalización» se opone tanto al idealista «intuicionismo» como al mecanicista «**reflejo**», puesto que expresa el proceso histórico de unas prácticas-metodológicamente ordenadas que, en tanto que «**racionalidad científica**», se resuelven en la objetividad racional. Por tanto, y tal como dice Mouloud, la objetividad tiene planos diversos que pueden ser expuestos así:

- existencia de un material determinado **objetivable** (y significable, por lo tanto) como término de la referencia
- «resistencias» de ese material objetivable, expresadas en la ley de esa misma materialidad
- existencia de un proyecto de racionalidad, como epistemología específica que se realiza en el tratamiento objetivo de ese material
- tal proyecto se manifiesta como estructura axiomático-operatoria que ordena las operaciones sobre el material, así como en las regulaciones de las pruebas de su eficacia referencial
- potencia objetivadora de la estructura así definida, potencia que tiene sus propios límites productivos
- planos de realización de la estructura, en las dimensiones de la formalización, la metodología, la operatividad y cuya totalización es la práctica epistemológica misma
- valor procesual-tectónico de la estructura
- valor sistemático de las operaciones estructurales

### Estructuras materiales y el proyecto epistemológico de la razón

19. Es imprescindible, antes de avanzar hacia nuevas precisiones, despejar unas confusiones respecto a la estructura tal y como vengo definiéndola en su relación a las estructuras matemáticas. Como ha indicado G. Gilles-Granger, la estructura matemática posee el carácter de libre ordenación abstracta que se realiza en el plano de una constructividad puramente formal, no «contaminada» por la presencia de ningún tipo de material. Por decirlo casi en

términos cercanos a los utilizados por Piaget, las matemáticas expresan la abstracción de leyes formales de operación y organización que actúan desde la propia regulación interna de que están dotadas, por lo que no tienen que realizar ninguna «transacción» impuesta por un material que se les someta u oponga. Con respecto a Piaget, hay que hacer una distinción fundamental: mientras que, para este autor, tales estructuras manifiestan leyes de las organizaciones «naturales» de la inteligencia (= epistemología genética, es decir, epistemología de las estructuras de la inteligencia, desarrolladas de acuerdo con las líneas evolutivas del desarrollo de las estructuras cognitivas), para mí, tales estructuras poseen la legalidad histórica que les proporciona su construcción normativizada.

20. Es decir, el pensamiento construye un proyecto que realiza en la ordenación de unas operaciones, de un desarrollo cuya regulación viene dada por los axiomas de partida. De esa forma, se realizan colecciones o conjuntos de carácter abstracto, en los que el «objeto» o los «objetos» resultan en todo momento de la consideración del sistema así construido. En realidad, no se trata sino de «casi-objetos», precisamente porque, para que haya objeto, necesitamos de un material que enfrente un proyecto referencial. Por decirlo de otra manera, el proyecto estructural científico **organiza y normativiza un material no producido por el mismo proyecto**, sino que se le enfrenta, en tanto que es **(el material) lo que debe ser sometido a ordenación objetiva**. El valor de esa objetivación viene definido tanto por las características mismas del proyecto epistemológico, como por la intencionalidad referencial misma y, en fin, por la consistencia específica del material tratado.

21. Esto vale para los «objetos», en su expresión más amplia: como ya indicara hace mucho tiempo Francastel, la pertinencia de los «modelos» (y, en consecuencia, de las estructuras) no se extiende únicamente a los conceptos-conocimiento, puesto que también un modelo plástico (lo técnico) realiza su eficacia en una ordenación objetiva determinada de un material específico. En su misma eficacia productiva, en las funciones poéticas y metalingüísticas que un objeto artístico realiza, por ejemplo, se advierte el alcance de esa eficacia de las estructuras como matrices de organización. El valor conocimiento, por lo tanto, no puede ser puesto sólo a cuenta de la intencionalidad referencial que la estructura realiza, en tanto que proyecto de la racionalidad, sino también del material que somete a organización. Insistir en este punto tiene una gran importancia, pues, de otro modo, no se comprenderá lo que sigue en el terreno del simbolismo.

22. En esta misma línea, hay que romper con las concepciones más esquemáticas del formalismo y deductivismo lógicos: la normativización operatoria de las estructuras establece unas condiciones que sólo cuando operan desde y sobre sí mismas se ejercen sin limitación alguna. En otro caso, es decir, en

la medida en que están ordenadas al encuentro con un material determinado, esa normativización ha de compatibilizarse con la legalidad constitutiva del material mismo. Sucede en la lógica, pero sucede también en la psicopatología: pretender tratar con los procedimientos del «realismo perceptivo» el material procedente de los sueños no sólo conduce a la esterilidad de unos procedimientos de interpretación, sino también al estado de la alucinación, como ya nos indicó Freud. Un esquema deductivo lógico-matemático puede operar sin otras limitaciones que las que imponga su propia efectuación: no produce conocimiento, si por conocimiento entendemos la formalización ordenada y contrastada de un material que no es producido por la razón en su mismo movimiento. De igual manera, la eficacia productiva de una estructura racional tiene las limitaciones de su propia efectuación práctica y de la incorporación de factores nuevos que imponen la necesidad de nuevos ajustes. Pero lo que las diferencia esencialmente es, en el caso de las estructuras epistemológicas, su ordenación a un material determinado y determinante.

## Historia y conocimiento

23. Por todo esto es por lo que he dicho que todo intento de contener el problema de la significación en un marco estrictamente lingüístico tropezaba necesariamente con dos obstáculos insalvables. De una parte, la referencia de todo producto simbólico a una biografía concreta individual (y, por lo tanto, a sus **matrices subjetivas generativo-transformacionales** de efectuación referencial). De otra, la necesaria inclusión de esa biografía concreta en una matriz social. No tiene sentido la biografía sin esa inclusión. La paradoja, sin embargo, resulta de que la «lengua» necesariamente «actúa» en la palabra que la ejerce. Es decir, la fundación última de la objetividad está fuera de la subjetividad, sus recursos objetivos no le pertenecen en última instancia (a la subjetividad). Pero sin los actores sociales, culturales concretos, la objetividad no puede realizarse. Es en ese sentido, en el que llevo muchos años insistiendo en que la subjetividad no contiene la historia, aunque esa subjetividad necesariamente sea la realización de la historia.

24. El discurso, la realización simbólica, en sus más variadas expresiones, está orientado y determinado por los parámetros que definen las relaciones sociales de producción e intercambio. El desarrollo y el carácter de esas relaciones y, por lo tanto, las «superestructuras» que las orientan, realizan y reproducen constituyen, si se quiere, el fundamento último de la validez productiva de las estructuras. Es decir, llevando las cosas a sus últimas consecuencias, lo que caracteriza a toda práctica productivo-significativa es el marco de la acción social que determina las relaciones de **producción/poder**. Lo que trae consigo una afirmación complementaria: en la formación histórica de las sociedades, las prácticas pro-

ductivo - objetivas y expresivo - comunicativas están valoradas y determinadas por la dialéctica concreta de la lucha de clases y de sus efectos sobre los grupos y los individuos. Lo que conlleva otra afirmación y es la de que, en última instancia, el «sujeto epistémico», en un momento histórico concreto, no puede coincidir sino con el poder o su contrapoder.

## El lenguaje y la relación referencial

25. Si volvemos ahora al comienzo, tenemos que tratar de definir el lenguaje «natural» desde una perspectiva estrictamente lingüística. Por lo tanto, lo definimos como la estructura genérica a partir de la cual se diferencian y especifican las Formas (en un sentido que, criticado y reformulado, como haré más adelante, pertenecería a la conocida distinción de Francastel entre «estructuras, Formas y forma»). De acuerdo con ello, Forma es algo más que «organización» o «producción», pero también algo menos. Forma se abre al plano de las conductas significativas y de la acción social. Es la actividad regulada, ordenada, finalizada, jerarquizada que recae sobre un material socialmente dispuesto, desde una organización social «realizada» (es decir, desde una organización que se ha convertido al soporte-agente del actor social que la realiza). Pero, además, Forma como **intencionalidad** (epistemológicamente hablando, es decir, como **relación-de-objeto** o, al menos, como **relación referencial**) que se define por la materialidad funcional de su producto (al menos teóricamente), puesto que, en definitiva, serán las relaciones de poder las que determinen la función social del producto). Función que, repito, no se da al margen de la ordenación «natural» del material que será tratado.

26. «Conducta significativa», «conducta productora», «conducta simbólica», es decir, conducta dotada de esquemas-estructuras, orientadores y organizadores de la actividad. Allí donde hay acción, allí se delimita un campo de funciones-significaciones, cuyos emergentes son los productos, los objetos y las acciones y cuyos términos de referencia obedecen, en última instancia, a funciones semantizadas-productivas de naturaleza institucional. Por lo tanto, la forma lingüística no es sino una especificación más (aunque excepcional, por supuesto) de la productividad/significación/objetividad/simbolización. En todo caso, la caracterización esencial de la significación lingüística es su conexión con la comunicación y con las distintas funciones de ésta, todas ellas presididas por el principio de la regulación interactiva.

## Lenguaje, pensamiento y personalidad

27. La superioridad del lenguaje verbal sobre toda otra forma de actividad significativa se manifiesta en la influencia que tiene en la determinación genético-estructural del pensamiento. No simplemente que el lenguaje ver-

bal «modele» el pensamiento, sino que el lenguaje verbal orienta la actividad estructural de ese pensamiento. En ese sentido (y sólo en ese sentido), las estructuras lingüísticas constituyen los modelos básicos de la comunicación y el conocimiento. También en ese sentido es como hay que distinguir entre el lenguaje «natural» (= lenguaje de la sociabilidad de base) y los lenguajes «técnicos» de las ciencias, técnicas y artes.

28. El lenguaje «natural» orienta hacia la organización-regulación del intercambio interactivo, en los procesos de la comunicación. Es decir, orienta hacia la esfera de las significaciones que el lenguaje reproduce, fija, valora, organiza y acumula como formas relacionales del intercambio social. Y aquí habría que hablar de las distinciones que cabe hacer entre tales significaciones y la ordenación del sentido construido, las dimensiones de lo vivido, la re-presentación imaginativa y fantástica, las objetivaciones construidas, etc., etc.

29. Otro aspecto que no siempre se comprende bien es la economía que el lenguaje tiene como configurador o determinante de las estructuras profundas de la personalidad. Quiero emplear una comparación muy simple: antes de la intervención del lenguaje, el cerebro puede ser concebido como un continente dotado de actividad latente. Sin embargo, se trata de un actividad carente de configuración, de capacidad de organización perceptiva, al menos en los modelos abstractos más simples de la interacción. En sus diversas formas, el lenguaje constituye la regulación de esa actividad nerviosa difusa: la orienta y la normativiza, y, por lo mismo, establece las primeras conexiones de lo que se convertirá en el sistema más o menos complejo de la ordenación sensomotora, perceptiva, activa. En tal dimensión, la afirmación psicoanalítica de que el inconsciente «está estructurado como un lenguaje» vale superiormente para la vida personal y la constitución de la misma subjetividad. Sin embargo, el gran problema es el de la «realización» de ese lenguaje, el cómo el acontecimiento se vierte en el lenguaje, cómo el vivido se expresa en las redes ordenadoras del símbolo, más allá del síntoma, pero en íntima relación muchas veces con él. El gran problema es cómo esa experiencia de lo vivido (toda ella traspasada de valoración afectiva, de resonancias emocionales) se manifiesta en la organización comunicativa de la significación, cómo intencionalmente esa actividad es regulada (externa y reflexivamente, a la vez), para que se produzca ese juego dialéctico de la constitución objetivo-subjetiva. Pero ahí, en esos problemas, radica el gran problema de la conformación de las estructuras subjetivas que están en la base de la personalidad.

## Creatividad y lenguaje

30. En otro nivel, los problemas anteriores se convierten a la necesidad de explicar la creatividad individual. Esto es, si las estruc-

turas epistemológicas deben dar cuenta de lo general, lo específico de las estructuras subjetivas es dar cuenta de esa simbolización y acción en lo que lo individual irreplicable se realiza. Capacidad de orientación y descubrimiento, de organización, de producción de nuevos significados..., es lo que manifiesta la creatividad. Y ésta ni siquiera como un «talento» excepcional, sino precisamente como la constante presente en la vida de los pueblos y sus culturas y, por lo mismo, en la realidad de toda personalidad individual. Es decir, la creatividad no como «genialidad» (mixtificadora categoría del mercado cultural) sino como rasgo presente en toda actividad simplemente perceptiva, comunicativa, productora. Esto es, la creatividad como esa flexibilización de los esquemas orientadores, activadores, organizadores que hacen de la conducta una matriz flexible heurística, operativa y organizadora. Como se ve, hay en las dimensiones combinatorias de los lenguajes, en sus matrices operacionales y transformacionales, toda una serie de rasgos estructurales que pueden contribuir a elaborar una teoría de la creatividad ni exclusivamente vinculada a una estética del genio artístico ni a una teoría de la excepcionalidad productora. Esa orientación de la creatividad (lo que podríamos llamar «creatividad de la cotidianidad», si la expresión misma no se prestara a confusiones), es lo que vamos a estudiar aquí.

### Crítica de la naturalización del significado

31. Con todo, parece que todavía no he abordado el tema de la distinción entre el lenguaje «natural» y los lenguajes especializados de las ciencias, las técnicas y las artes. Del primero podríamos caracterizar su capacidad única para ser el vehículo de la comunicación y, por lo tanto, de la interacción social. Hay, sin embargo, algunas cosas más, especialmente por el peligro que se suele correr de querer hacer del lenguaje un simple instrumento. En cualquiera de sus planos de análisis (sintáctico, semántico o pragmático, pero también en sus funciones de signo, símbolo y síntoma) el lenguaje es siempre el producto de una diacronía y no exactamente de una evolución. El lenguaje no posee evolución, sino que tiene historia. Desde sus dimensiones más abstractas, el lenguaje es producto y él mismo es motor del desarrollo histórico. El lenguaje no se limita a «etiqueta», sino que es un verdadero factor de producción. Quiero decir, la significación se realiza en su organización (en la **construcción de sentido**, auténtica matriz creadora) y no en la mera adscripción, término a término, cosa a cosa, de un Significante (Ste.) a un objeto o una acción. Construir la significación de una «cosa» es **realizar las «cosas» como objeto**. El lenguaje orienta, ordena, jerarquiza, valora los esquemas mismos de la actividad perceptiva y, consecuentemente, se convierte en matriz de objetivación, de la misma manera que se convierte en un cierto regulador comportamental.

32. Sin caer en ningún idealismo, y al igual que un pueblo se vacía cuando se le despoja de la raíz fundadora del lenguaje, de «su» lenguaje, se puede decir que un individuo está sobredeterminado en las matrices creadoras de su actividad perceptiva, de pensamiento y de acción, por las estructuras profundas del lenguaje. Ahora bien, el lenguaje «natural», en la medida en que es realizado a partir de las posibilidades mismas de desarrollo del poder, tiende a reflejar acriticamente el mundo al que se refiere. Esto es lo que nosotros hemos llamado «naturalización» u «ocultamiento» de la entidad objetiva del mundo, por los significados cosificados del lenguaje natural.

33. Es decir, en la medida en que los significados (Sdos.) del lenguaje usual necesariamente se instalan como el factor primario del intercambio social, en esa medida hay una naturalización de los referentes y los objetos. Detrás de «padre», «hogar», «vida»... hay una Ideología determinada que da a tales nombres su especial densidad semántica y valorativa, que organiza la conducta de un individuo en torno a tales elementos. Cuando hacemos alusión a los tópicos, a los prejuicios... siempre nos referimos a expresiones hechas que no sólo nos dan una pseudo percepción de las relaciones y los acontecimientos, sino que también nos proporcionan una valoración afectiva determinada, así como una ordenación de nuestras conductas hacia tales elementos. En esa medida, pues, el lenguaje sobredetermina la regulación estructural-jerarquizada de las matrices de la percepción, el pensamiento y la acción de los sujetos.

34. Consecuentemente, el lenguaje «natural» posee una eficacia significativa, interactiva, un poder productor/reproductor de objetividad: de intercambio que puede llegar a afectar muy hondamente a su eficacia creativa cotidiana. Lo vemos en las jergas que se traspasan en el tejido social, impregnando a grupos profesionales, edades determinadas, marginaciones. Lo vemos en el lenguaje esclerotizado del político dogmático o demagogo, en la lengua llena de «clichés» de un grupo de marginados, etc., etc. Ese poder del lenguaje «natural» es el que, en su uso, desprende esa falsa conciencia de naturalización, acrítica, que permanentemente nos acompaña, cuando hablamos de objetividad. Devolver a ese lenguaje su poder creativo tiene que consistir en devolverle su flexibilidad para el intercambio, su valor para ordenarse a las necesidades del sujeto personal, tanto en los planos de su experiencia como de su propia interacción. Quebrantar, pues, el tópico.

35. El lenguaje científico nos plantea el tema de su racionalidad oculta, es decir, el tema del proyecto epistemológico que le da validez y eficacia productora de objetividad. Hay un plano de las significaciones objetivas que sólo puede ser desvelado desde el descubrimiento de esa epistemología interna. Si el lenguaje «natural» debe ser considerado, fundamentalmente, desde sus dimensiones informativo-formadoras del intercambio y de la interacción,

el lenguaje científico es el productor-modelador de la objetividad que realiza el mundo que nos rodea. El lenguaje científico es la gran matriz que provee de «sentido común» al lenguaje de la experiencia. Y no tanto como conocimiento, sino como «experiencia», «opinión» a las regulaciones no críticas del lenguaje de intercambio. Con el lenguaje científico debemos realizar la adquisición consciente de la objetividad que proporciona. Cuando esta objetividad se hace significación circulante se deja de lado la crítica interna que da validez al lenguaje de los objetos, para pasar al lenguaje de las «cosas». El vacío entre la aceptación común de que la tierra gira en torno al sol y el choque con la experiencia directa, es colmado por la circulación social de una significación sancionada que apenas sí cuestiona la «ilusoriedad» de esa experiencia.

### Los dos grandes ejes normativizadores de la significación

36. En último término, por su origen, toda significación del lenguaje «natural» posee una doble instancia normalizadora: lo que, en otros lugares, he llamado el «eidós» y el «ethos» de las prácticas sociales. Por «eidós» entiendo la «racionalidad», la «legitimidad normalizada» de la significación, concebida, precisamente, como sanción social. Por «ethos» concibo la dimensión valorada (ideológica, afectiva, estética, ritualizada...) de la significación en el intercambio de la interacción social. Un ejemplo aclarará este punto: cuando «informo» a alguien con quién me estoy comunicando, no pretendo sólo hacerle llegar una «noticia objetiva», sino que también estoy tratando de regular su comportamiento, de provocar determinadas conductas en él, complementarias de la que yo exhibo. Pues bien, la significación del intercambio no pretende exclusivamente hacernos llegar información. Sino que intenta provocar una determinada valoración y, en consecuencia, provocar una determinada interacción.

37. El problema crítico se pone a cuenta de la determinación del monto y la orientación efectiva de esos dos factores de la significación. No sólo saber qué de racionalidad circulante se me da, sino además cómo y con qué orientación se me da. Esto quiere decir que en las significaciones del lenguaje «natural» ni se vehicula un puro referente ni la ideología social dominante circula como tal. Cuando, en un determinado contexto, con un determinado tono, en una determinada actitud, digo «Hogar» expreso nada que sea un exclusivo objetivo. Expreso un producto complejo, una determinada concepción de la vida social, de las relaciones, unas experiencias, unas normas sociales de intercambio y regulación social. Expreso, acaso, mis experiencias, pero también una determinada trayectoria cultural, educativa, socializadora.

38. Un lenguaje «natural» que sirva a la creatividad no puede girar exclusivamente en torno al intercambio. Este es uno de sus ejes,

que no excluye (o no debe excluir) a la propia capacidad reflexiva de esas experiencias, que debe ser un motor del conocimiento, una vertiente de la expresividad. Aparece ya aquí el tema de la necesidad y el azar, tema que toca en otros apartados posteriores con los problemas de la significación y el sentido, con la oscilación entre el síntoma y el símbolo, con la comprensión creadora de lo que constituye la esencia de la simbolización. Un lenguaje centrado exclusivamente sobre lo normalizado, manifiestativo de la «ley» (pero inflexible para el acontecimiento, la vivencia, lo sintomático expresado) no puede ser sino un instrumento de opresión y alienación, en el más absurdo de los sentidos. Por lo tanto, recuperar la creatividad no puede ser sino la recuperación crítica de la «lengua» de nuestro propio lenguaje. Está en esa tensión por la que podamos acceder a la comprensión plena de ese eidós y de ese ethos, con todas las dimensiones que determina en nuestra conducta cotidiana. Es por ello, por lo tanto, por lo que, ya desde el primer momento, he tratado de indicar que no hay una significación que se agote ni en su valor lingüístico ni en su pura función denotativa.

### Complejidad dialéctica del referente

39. Por supuesto, también las ciencias y las artes construyen o producen significaciones. En el caso de las ciencias, tales significados se persiguen desde una intencionalidad puramente objetiva, como si se pretendiera eliminar toda connotación del referente. Esto es, tratando de establecer la rigurosa correspondencia entre las formas significativas de la manifestación y las formas manifestadas mismas. Pero también las ciencias y las artes pertenecen al orden de la construcción simbólica, con lo que la correspondencia no puede establecerse término a término. Un arte, por ejemplo, establece la realización de lo imaginario, pero no lo agota, por la necesidad que tiene de recurrir a un horizonte o a una constelación de índices culturales colectivos y biográficos individuales. También la ciencia construye conceptualmente su objeto, pero, sin embargo, ese objeto no agota las posibilidades realizadas por el mismo sistema conceptual (con sus constelaciones semánticas), así como la propia entidad objetiva puede corresponderse totalmente con el haz de posibles instituido por la práctica teórica. En último término, esta práctica es una de las posibles realizaciones que, por su misma efectuación, elimina otras igualmente posibles. De ahí la necesidad de distinguir entre referentes, objetos e, incluso, interpretantes.

40. En rigor, el referente es siempre un más posible que el objeto. Este es una realización concreta, histórica, efectuada, del referente. Por lo tanto, si el objeto es una realización posible del referente, éste trasciende al objeto, de manera que no se reduce simplemente a él. El objeto queda entonces sobre una constelación de posibles, de manera que el avance constructivo del conocimiento queda así y

de alguna manera asegurado. Pero no se trata de un avance acumulativo, de simple progreso. El conocimiento avanza por síntesis, en saltos cualitativos y regido por las leyes de totalidad. Con lo que todo avance supone ya una transformación radical de los anteriores elementos objetivados.

41. En una palabra, el objeto es una realización definida de lo conceptual, pero no agota al referente. Del campo de referencia, el objeto representa, conceptualmente, una determinada emergencia, pero sin abarcar totalmente ese campo referencial. El «ideal» del conocimiento juega en la dirección de consumir el recubrimiento de lo referencial por el objeto. Pero se trata de un «ideal». En la medida en que el sistema de conceptos se realiza, en esa medida se intenta transcribir conceptualmente la estructura profunda del referente. Pero siempre queda un «más» de acontecimientos que sólo en tanto que posibilidad se manifiestan irreductibles al proceder conceptual. Por lo tanto, la objetividad es un proceso constructor histórico, que tiene sus propias dimensiones de verificación sobre lo referencial, pero sin intentar agotarlo a esto absolutamente.

### Referente y realidad social

42. Aquí nos aparece otro problema: ¿Es independiente el lenguaje de la ciencia de las formas concretas que adoptan la percepción, la imaginación? ¿Pueden las ciencias trascender los contextos sociales efectivos de la acción y la reacción? Una aclaración previa: cuando establezco la no correspondencia término a término entre el referente y el objeto, no estoy aludiendo a ninguna misteriosa irracionalidad (= inconoscibilidad) de lo real. El referente es ya algo que pertenece al ámbito de la acción social, previamente a su tratamiento objetivo. No tiene por qué tratarse de un área formalizada por la Ideología (con lo que pretende Althusser establecer las distinciones entre «verdad» y «error» o señalar el ámbito de establecimiento de la operación de «ruptura epistemológica»), aunque puede serlo también. El área de referencia puede haber experimentado las formalizaciones del mito o de las técnicas o de las Ideologías o, simplemente, ser la organización de la experiencia común. Es decir, el tratamiento científico no produce ex novo los métodos de tratamiento y el material tratado: produce el proyecto de racionalidad epistemológica, la matriz productora de conceptos y no el material sobre el que ha de operar. Tal material necesariamente es propuesto desde vías tan distintas como pueden ser las de la experiencia, la problemática que plantean procedimientos técnicos, las contradicciones de las Ideologías, el desgarramiento de mitologías que dejan de funcionar, etc., etc.

43. En otros términos, no es posible hablar de conocimiento sin establecer un concreto y específico proyecto de la razón, pero, también, sin establecer la existencia de un campo de referencia del cual se pretende alcanzar la emergencia de una construcción objetiva. Pro-

yecto y campo de referencia necesariamente son históricos, necesariamente están conectados con las prácticas teóricas, técnicas... que una época histórica determinada, en una sociedad histórica concreta, determina y realiza. El campo de referencia es así social (como término de otras prácticas sociales, sean éstas de la clase que sean) y su historicidad es, en último término, la razón de que no se produzca esa recubrición total entre objeto y referente.

44. En esa medida, el lenguaje de las ciencias no es independiente de las formas de la percepción y aún de la imaginación. En todo caso, lo que se produce es una purificación metodológica, una concreción referencial de los procedimientos de observación y experimentación, con las características precisas que el proyecto epistemológico (en su especificidad) determina. Conocer no es otra cosa que la relación productiva en que se encuentran determinadas estructuras críticas cognitivas con determinada clase de estructuras significativas (las «objetivas», precisamente). A esta relación, que está fundada sobre principios (=axiomas) y regulada por operaciones, es a lo que propiamente llamamos «conocimiento». Es decir, el proyecto epistemológico es el **regulador de las operaciones cognitivas** que se efectúan sobre una clase determinada de material, obtenido con los procedimientos que el mismo proyecto determina también.

### El ideal «purificador» de las ciencias

45. El medio de obtención de ese material es el perceptivo y lo que la **«operativización formalizadora»** (que establece una de las dimensiones del proyecto epistemológico) hace es «purificar» ese material, tanto de sus adherencias ideológicas como de los índices espontáneos de naturalidad que lo acompañan. Esto es, tampoco la percepción es una actividad «natural», independiente de los valores concretos de socialización. Si anteriormente he afirmado que el lenguaje penetra todas las dimensiones de la vida social, ello es igualmente válido para este punto que consideramos. Por lo tanto, las ciencias (con sus lenguajes especializados) pretenden neutralizar los valores substancialistas y naturalistas, así como los ideológicos, que impregnan el material perceptivo. Decir, en ciencia, que las cosas consisten en sus relaciones y que son éstas las que deben ser expresadas funcional y matemáticamente, es algo que va de suyo. Pero, sin embargo, tal afirmación no es inmediatamente extensible al dominio de la actividad social cotidiana, donde la naturalización, la valoración ideológica, los valores afectivos encubren y «ocultan» la trama auténtica de las relaciones sociales. La resistencia, la opacidad de los procesos, la cristalización de los emergentes como valores, normas, rituales infectan todas las dimensiones de la percepción. De ahí que la ciencia tenga que «purificar» ese material, tenga que intentar establecer las funciones matemáticas que definen a los elementos de un mundo en relación, de una red de relaciones

como totalización. Entonces hay que comprender que el lenguaje «natural» expresa un residuo de formas «casi-cognoscitivas», significaciones y valores que es lo que garantiza la cohesión de los procesos y agentes sociales que componen e integran la totalidad de las prácticas, en una formación histórica concreta.

46. En otros trabajos he insistido sobre lo que debe entenderse por «purificación» del material perceptivo y sobre lo que debe entenderse por «propiedades formales» de los lenguajes científicos. Aquí me limitaré a insistir sobre el hecho de que una ciencia no es sólo un lenguaje bien construido, caracterizado por una sintaxis y una semántica precisas. Creo que es importante distinguir entre lo que puede ser una ciencia lógica (por ejemplo, una ciencia matemático-experimental) y lo que son las ciencias no formales. La primera, como ya he indicado, tiende a alejarse de las áreas de la percepción y de la imaginación perceptiva (mejor dicho, de las áreas determinadas por la existencia de un material procedente de las fuentes perceptivas). Una lógica, consecuentemente, no es otra cosa que una simbólica de las relaciones abstractas, montada exclusivamente sobre el juego de la definición matemática de las relaciones y sus funciones. Por el contrario, en las ciencias «positivas» («naturales» o «sociales») la axiomática y las definiciones operacionales no sólo organizan a los «data» de la experiencia, sino que también los definen. Ahí todo el rigor simbólico no puede intervenir sino sobre el material que opera. Un sistema lógico lo que hace es operar sobre el producto de la reflexión de la razón, sobre su proyecto. Y no tiene más necesidad de contraste que la que le proporciona su propia coherencia interna, la estricta sujeción a los principios que se plantea como regulación misma del sistema.

### Los esquemas productores del conocimiento

47. Si se quiere, hay una correspondencia entre los procedimientos de los sistemas lógicos y los sistemas científicos por relación a los problemas que plantea el esquema mismo de la acción y el esquematismo propio de la «representación» abstracta. El esquema no es una imagen (ni siquiera en el estricto ámbito artístico, como tendré ocasión de exponer): en todo caso, el esquema se orienta hacia la selección, la organización de la experiencia y constituye el factor relacional que dará lugar al símbolo. El esquema orienta, unifica, diferencia, ordena y pone en correspondencia la dinámica del material que será sometido a significación. Pero, en sí mismo, el esquema no es la significación todavía, sino lo que funda a ésta, es decir, el acto o la actividad organizadora, acto al que pertenece la racionalidad del proyecto y que, en su cumplimiento, realizará la significación.

48. Apostel ha desarrollado este punto concreto: el poder diferenciador y organizador del lenguaje, su funcionalidad conectiva, se pone

en contacto con la integración del material perceptivo. Gracias a ese poder abstracto conectivo, el lenguaje es capaz de realizar la estabilización de las constelaciones sensibles, precisamente en tanto que elementos que se ordenan por relaciones de co-presencia. A partir de esas organizaciones primarias, reguladas por el esquema orientativo, selector, organizador, la significación se desarrolla hacia su fundamental vía de manifestación, el simbolismo. En último término, no hay una antecedencia absoluta del esquema sobre el lenguaje (como, por ejemplo, pretendería Piaget), sino que hay una interrelación entre esquematismo y lenguaje, en la medida en que el esquema es producido por la intervención del lenguaje (relaciones de socialización) aunque inmediatamente vuelva a situarse como regulador de la acción. El modelo que Apostel proporciona es el siguiente:

- conexión esquema/símbolo = **estructura cognitiva.**
- conexión imagen/símbolo = **estructura no cognitiva.**

49. Desde lo anterior, la misma percepción aparece también en sus características de **proceso y de proceso regulado.** Como tal proceso, la percepción es una **actividad estructurada y estructurante**, no espontánea ni, por supuesto, «natural». Desde una amplia perspectiva, la percepción es ya una actividad simbólica que implica

- selección
- organización
- focalización
- tematización  
o
- constelación.

Pero una conclusión tal tiene que ponerse a cuenta de la concepción que se sostenga sobre el problema mismo de la constitución de la personalidad (con sus componentes subjetivo-objetivos), esto es, el tema de la personalidad concebida como una totalización histórica de matrices o esquemas de acción-semantización. Un sistema que produce, comunica, interactúa, se relaciona. El lenguaje «natural», desde sus posibilidades constructivas, organiza ese sistema, precisamente en la constitución de las matrices que regulan el intercambio de información, desde el mismo establecimiento de la relación (lo que, en último término, tendría que ponerse a cuenta de la inclusión del individuo en la matriz social). Por lo tanto, la organización que se va a resolver en el sistema individual de la personalidad tiene áreas tan concretas como son:

- constitución de los esquemas orientadores de la actividad

- organización del sistema de necesidades
- realización de los sistemas reguladores de información
- procesos de comunicación...

## Simbolismo y esquemas formadores

50. Todo lo anterior plantea la necesidad de superar el estricto planteamiento psicológico en el tema de la creatividad. Considero que la única posibilidad de superar planteamientos psicólogos es estudiar el tema desde la **positividad de su producción o manifestación**. Es decir, partir del análisis de las **formas/ producto** que son el «efecto», la expresión materializada de unas actividades que, genéricamente, vamos a denominar «simbólicas». Esas actividades se ponen a cuenta de lo que he llamado actividad formalizadora de las **matrices de significación/objetivación**. Matrices que aparecen como productividad, cuya existencia funda la subjetividad y la fundan como núcleo individual, históricamente constitutivo.

51. Dicho en palabras más simples, como lo prueban los más importantes trabajos referidos a la creatividad artística, el tema sólo se plantea correctamente cuando se parte del examen de las obras producidas. Cuando se intenta desprender la estructura que constituye su «ley» interna, el **«esquema formador»** que les da existencia material (y cultura). Sin actividad formadora no existe obra (como no existe sin materiales, sin técnicas de tratamiento, sin modelos culturales de referencia, sin raíces populares). Pero es sólo a través del producto como podremos llegar a conocer a esa actividad. De manera que, incluso, el texto «sobreañadido» del creador muchas veces no es más que un «comentario», acaso interesante, pero que no añade nada nuevo a la entidad efectiva de la obra realizada.

52. Francastel decía que era necesario ver en la obra artística la materialización de un modelo plástico perceptivo, la materialización de una actividad intelectual de «formación» que seleccionaba, ordenaba, organizaba y significaba un material determinado. Por lo tanto, para «desprender» los esquemas formadores del símbolo, para alcanzar esas matrices generadoras y generativas de la creatividad, es necesario esencialmente partir del producto. Y ello desde dos dimensiones complementarias: toda productividad simbólica necesita ser señalizada y contextualizada desde la perspectiva de la obra individual en la cual se ordena, de la misma manera que esa actividad individual debe ser concebida en la matriz histórico-cultural que constituye su «tiempo» efectivo. Documento biográfico en el doble sentido de su pertenencia a un sujeto activo y a un tiempo histórico que la dan sentido.

53. En una palabra, la necesidad de escapar al tratamiento ideologista de la creatividad nos plantea la necesidad de establecer un primer acceso desde un planteamiento **semiótico**. Tratamos de desprender, desde las series de pro-

ducciones concretas, las leyes de su formación. En ese sentido, se trata de las leyes de estructura del signo y del símbolo, de la significación y la simbolización. En ellos, la creatividad se realiza. Pero, además, en ellos la personalidad se constituye. Sólo entonces estaremos en condiciones de acceder al plano genético de tales estructuras productivas, tanto en su dimensión social superior, como en su misma concreción subjetiva o personal. Evitamos de esa manera el psicologismo, pero también una forma de idealismo formalista, sin caer en el mecanicismo del empirismo. De esa forma, contribuimos a desarrollar una auténtica «crítica de la economía política de la significación y la objetividad» (Tel Quel).

54. Bertrand indicaba la necesidad de superar los peligros teológicos y ontológicos que arrastra siempre consigo un incorrecto tratamiento de la creatividad. Esta no podía ser ya considerada exclusivamente desde el planteamiento estricto de la H<sup>a</sup> del arte o de las ciencias. Por el contrario, lo que era necesario era partir, precisamente, de los planos de la objetivación y la simbolización e, incluso, desde el plano más simple y limitado de una psicología crítica de la percepción. Porque el problema no es tanto el del análisis de una «personalidad creadora» como el de comprender que no puede haber «personalidad» (= subjetividad, yo, self...) fuera de esa actividad concreta que llamamos simbolización (= acción y comunicación, producción e interacción). Todo individuo que percibe, que produce, que significa, que objetiva, que simboliza... es ya, por ello mismo, un «creador», un «re-creador». Por lo tanto, se trata de eliminar el aura de «excepcionalidad» (mixtificante e ideológica, regresivamente ideológica) que rodea a «la» creatividad. Y concebir desde ese momento a ésta en las actividades de «información», «formación», «organización», «producción».

## Matrices históricas de la producción simbólica

55. El peligro del ontologismo viene determinado por una concepción mecanicista de la percepción y el conocimiento. No se conoce sin **«formar»**: de tal manera que «simbolizar» no es tanto «describir», como **«construir»**. Durante mucho tiempo no se pudo comprender la dialéctica que vincula a la estructura con los objetos, la dialéctica que determina el concreto concepto con los procesos axiomáticos-operatorios. Sin embargo, como ya he tratado de indicar, razón y objetividad se complementan, en la medida en que la razón determina sus procedimientos constructivos y que es a partir de éstos (y de su aplicación a un material histórico) como se produce la emergencia de la objetividad.

56. Por lo tanto, el tema de creatividad afecta a la totalidad de los procesos simbólicos, pero, a la vez, a las relaciones pensamiento/acción, acción/significación, acción/productividad. Si en la ciencia el proyecto científico construye conceptualmente su objeto, lo simboliza en la

red de conceptos que lo realizan dinámicamente, en la percepción, lo vivido y lo interactuado, lo significado y lo expresivo... se instalan en una interacción de planos y de prácticas, en una dialéctica de consciencia-inconsciencia que establecen una materialidad subjetiva e histórica.

57. La acción se materializa en los productos y en las relaciones que establece. Es a partir de ellos como es necesario dar cuenta del proceso mismo de la actividad y de su «lugar» (= pertenencia social, cultural, ideológica..., en breve, su inclusión en la tradición y la memoria histórica de un pueblo y de su cultura). En esa medida, desde el objeto científico al simple objeto artesanal de uso cotidiano, todo producto es siempre una materialización social, técnica, económica, cultural, ideológica. Objeto y práctica se implican recíprocamente y son abarcados por el sistema de totalidad en el cual se insertan, en cuanto que son, ambos, productos de una matriz doblemente articulada y totalizada:

- en el sistema «formación social histórica»
- en el subsistema «**personalidad genéticamente constituida**»

58. La creatividad, pues, se instala en estos planos articulados del «lenguaje» constituido: significación y comunicación, simbolización, objetividad y leyes productoras de la razón, prácticas productoras y regulación ordenada de la acción. El objeto, en cualquiera de sus especificaciones, es siempre un producto histórico que pertenece, por derecho de ejecución, a una tradición cultural. Por ello, el objeto jamás se agota en sí mismo, sino que constantemente nos reenvía a formaciones de sistema superior (hasta concluir en ese ecosistema que es la totalización dinámica de un pueblo). Tales formaciones poseen la economía que determinará su regulación estructural en un contexto económico, político e ideológico determinado.

59. A partir de estos elementos es como debe comprenderse la dependencia, en el tratamiento, de la consideración psicológica de la creatividad. El signo-objeto, el objeto-función, el símbolo-objeto exteriorizan a la subjetividad. Pero, a la vez, la determinan, precisamente por su **densidad y contextualización histórico-social**.

60. El signo-objeto, la significación objetivizada o simbolizada... no son dimensiones de la representación: en lo fundamental, constituyen la manifestación de la conducta, en la medida en que ésta se materializa en la totalidad de sus producciones. Hay, siempre, por supuesto, un excedente de vivido subjetivo que sólo puede manifestarse sintomáticamente. Pero, en el resto, la conducta no tiene otras manifestaciones que sus relaciones.

61. Como ha dicho G. Gilles-Granger, la subjetividad (en su único sentido histórico) es

nada, fuera de su exteriorización práctica y poética. Porque esa exteriorización manifiesta la personalidad como totalización dinámica y contradictoria de matrices de acción y simbolización. O, como he dicho anteriormente, como unidad productora que ordena, selecciona, organiza, transforma y forma un material determinado. Esto supone no sólo la unidad contradictoria de la personalidad (de su inteligencia y de su afectividad, de su razón y de su «sensibilidad»), sino también su procedencia histórica, su génesis biográfica, individual, accidental e irrepetible. Percepción y pensamiento, lenguaje y acción, significación, objetividad y simbolización se imbrican así y se co-determinan recíprocamente. No se puede, por ejemplo, comprender el carácter operativo, selector, diferenciador... del cerebro si no se comprende la necesaria co-determinación de pensamiento y lenguaje. La unidad de la personalidad se manifiesta, entonces, en la interconexión entre dimensiones operativo-prácticas y operativo-objetivas de la conducta (dimensiones, por otra parte, que pueden diferenciarse perfectamente por su modalidad, pero cuya interdependencia está hoy fuera de toda duda como lo prueban los trabajos de Piaget a Leroi-Gourham, de Canguilhem a Mouloud, de Lévi-Strauss a Laborit y aún al mismo Monod).

## Semiótica y semiología de la creatividad

62. Acaso, el problema estrictamente psicológico de la creatividad se ponga a cuenta de

- 1° saber cuáles son las estructuras fundamentales de esa totalización dialéctica de las matrices generativo-operatorias de la personalidad
- 2° cómo se produce la génesis de esas estructuras, cuáles son los procesos concretos de su desarrollo y, en consecuencia, el sentido que haya que darle a su valor de historicidad.

En consecuencia, el proceso de estudio que aquí propongo se desarrolla en las siguientes líneas:

- a. el procedimiento semiótico es imprescindible, para comprender la materialización de la creatividad y la especificidad de sus procedimientos. Se trata de seriaciones de objetos, símbolos y acciones de los que es necesario desprender su **esquema formador**. Se trata de las leyes o los «códigos» mediante los cuales un material determinado es «formado», «valorado», «comunicado»... hasta convertirse en una modalidad objetiva concreta (= valor económico, modelo artístico o científico, formación simbólica, producción ideológica). De este análisis obtenemos series de «**Formas**» (= modalidades abstractas de «**Formación**») que dan lugar a las «**formas**» concretas de las producciones con-

cretas. Es decir, las «Formas» equivalen a «**esquemas estructurales de formación**» (utilizo aquí, aunque modificado, el arsenal conceptual de Francastel y que más abajo voy a desarrollar más detalladamente). «Esquemas...» o «modelos productivos» o «**matrices generativo-operativas**» que se diferencian entre sí por **su propia modalidad** y, en sí, tanto por su **materia de referencia** como por sus mismos procedimientos.

(Daré un ejemplo muy simple en este nivel. En efecto, el análisis semiótico recae sobre productos concretos y sobre sus seriaciones: valores productos, obras artísticas, producciones teóricas... que pueden ir desde el más simple objeto cotidiano a la máquina más compleja, desde el cartel al vestido, desde la imagen al relato mítico. Así, una obra artística tiene específicas reglas de formatividad, determinadas tanto por la naturaleza del plano donde se sitúa su intencionalidad referencial como por los mismos materiales que trabaja y organiza. Ese material determina, pues, la especificación de las leyes sintácticas y semánticas que lo determinarán, a su vez. Por lo tanto, la «Forma» que llamamos «actividad artística» se diferencia de la «Forma» «actividad industrial», «actividad científica», etc., etc., Por otra parte, dentro de una misma «Forma» (dentro de un mismo tipo de actividades) se produce una diferenciación de «modelos» productivos: no sólo hay diferencias entre el Arte-pintura o el Arte-música, sino que también dentro de un mismo arte hay distinción de modelos representados por distintos artistas como hay diferentes modelos productivos en la trayectoria de un mismo artista. Así, Pleyner, por ejemplo, ha analizado las seriaciones que un modelo único tiene en la obra de Matisse, así como también la sucesión de distintos modelos productivos a lo largo de la biografía conceptual-plástica de este artista. Esto mismo podemos encontrarlo en las ciencias y, cómo no, en la trayectoria simbólica de cualquier sujeto. La semiótica, pues, desprende, por el análisis de las producciones, la estructura, las leyes y los procedimientos que especifican a una actividad simbólico-objetiva, diferenciándola de todas las demás. En el terreno artístico, un estudio tal sería equivalente a un análisis de las poéticas productoras).

- b. un análisis de tipo más comparativo, establecido a partir de las «Formas» de las que acabo de hablar y en línea con la lingüística de carácter estructural - Saussure, estructuralismo checo, formalismo ruso, pero también en conexión con la lingüística generativa de Chomsky. La Semiología enlaza el interés por la estructura con la atención a las leyes generales de la significación y la Comunicación. Con todo, mi interés necesariamente tiene que abarcar, además, tanto a los problemas de la simbolización (con sus límites entre el puro signo o el síntoma) como a los que se conec-

tan con los de una teoría general de la objetividad.

- Una semiología clásica (desde la crítica lingüística a la literaria, desde el estructuralismo lingüístico a la formalización matemática del estructuralismo antropológico, desde el estructuralismo dogmático del «antihumanismo» a las construcciones de la crítica artística) no alcanza a lo que debemos llamar «**historicidad de las prácticas significativo-comunicativas u objetivo-simbólicas**». El formalismo, a historicismo, antihumanismo hace que se conceda una atención abstracta a la estructura, prescindiendo de su génesis y desarrollo. Se pone el acento fundamentalmente en los valores sintácticos, a partir de la repertorización sincrónica de los factores de la estructura. Pero no se repara en la dialéctica misma de esa estructura, esto es, en el carácter **estructurado y estructurante** que posee necesariamente toda estructura histórica y, por lo tanto, en las posibilidades mismas de su transformación. La relevancia del análisis descansa, en esas corrientes, en el análisis de los factores formales, en las dimensiones de repertorio y combinatoria, de tal manera que se concluye en destacar el valor físico y aún biológico del concepto estructural.
- La sincronía formalista no puede dar cuenta de la Historia y, consecuentemente, es incapaz de establecer las regulaciones de la acción, tal y como se manifiestan en los procesos concretos productores de objetivación, significación y valores. De esta manera, es necesario ascender hasta el plano de lo que Francastel llamaba «Estructura» y que puede comprenderse, mutatis mutandis, como «totalidad histórico-social de las matrices generales de producción y su articulación en una Formación social, económica, cultural, ideológica». La «Estructura» posee entonces una dimensión histórica que trasciende lo simplemente formal. No corresponde tampoco exactamente con la «Lengua» de Saussure, sino que se vincula más estrictamente al concepto actual de «**Ecosistema**» con sus connotaciones de Sociedad, pueblo, cultura, Modo de producción, poder. Es decir, los distintos sistemas de producción simbólico-objetivos (las «Formas», en su sentido fuerte) constituyen entonces un **concreto social histórico** (Sociedad, Economía, Poder, Ideología, Cultura... y su articulación diacrónica). Concreto que es lo que, en última instancia, determinará todas las prácticas objetivas concretas.

## Estructura, FORMAS y formas de la objetividad

63. Para comprender plenamente lo anterior,

es necesario ver la distinción que introduce Francastel. Parte también de la necesidad de «fundar» o conceder estatuto histórico a todo sistema objetivo o simbólico (un arte y sus obras, una rama de la actividad económica y sus producciones, unas formaciones filosóficas o científicas y sus sistemas...). Esto equivale a referir dicho sistema de producción (o de «creación») a su matriz social y cultural, al modo de producción dominante, a la naturaleza de las relaciones sociales de producción, a los procesos de ejercicio del poder y la dominación. Pero, además, significa referir dicho sistema a la economía funcional que juega dentro del Ecosistema. Por último, esa inclusión significa conectar tal clase de actividad a la «**sobredeterminación**» a que le somete específicamente esa su totalización. Esto es, una actividad objetiva o simbólica puede contar con su propia tradición, pero su historicidad deviene de su pertenencia a una totalidad sociocultural que organiza, distribuye y ordena el sentido de las prácticas y relaciones que la realizan. Esta interdependencia, esta totalización de todas las actividades y las relaciones que las constituyen es lo que mejor contribuye a destacar ese valor de historicidad concreta de toda acción social.

64. Como nos indica la Teoría de los objetos (Moles, Baudrillard), se trata de comprender que un sistema objetivo/significante es un proceso social, cuyas coordenadas (desde la racionalidad del dominio mismo del Ecosistema) son ese eidós y ese ethos de los que he hablado más arriba. Que tal proceso social (con su economía y retórica dependiente) no es único, sino que está sometido a la lógica última del sistema al que pertenece (en un sistema capitalista, funciones de explotación, opresión y ocultación). Por ello, tal sistema no es abarcado íntegramente con sólo exponer la naturaleza, el orden y la eficacia de su estructura generadora, sino que su significación histórica la obtiene de su pertenencia a un Ecosistema que es el que le da su específica economía y su sentido radical.

65. Esto es lo que lleva a Francastel a proponer una clasificación que amplía y desborda la propuesta por la semiótica clásica. Es decir, Francastel acepta el triple plano de análisis que Morris proponía:

- nivel sintáctico
- nivel semántico
- nivel pragmático

pero lo completa con una dimensión más profunda:

- Estructura
- Formas
- formas

con características que enmarcan a las propuestas por Morris, pero desbordándolas a un

análisis de más amplio alcance. Si a ello se añaden otras clasificaciones, como el análisis funcional propuesto por Bühler entre

- señal
- signo
- símbolo
- síntoma

o la mía misma que distingue entre «significación» y «sentido», entre «significación» y «simbolización» (ver más adelante), tendremos un cuadro completísimo que desborda los usuales planteamientos de la semiótica o de la semiología.

66. Como se sabe, Morris necesitaba destacar con su planteamiento (es una limitación muy seria que no fuera capaz de incorporar a su distribución la importante aportación de Peirce con su «**interpretante**»):

1. la sintáctica como relación de los elementos del signo entre sí (relaciones de Significante, Ste., a significado, Sdo., y, más estrictamente, relaciones del repertorio con el código, concebido éste en su dimensión de leyes de organización y construcción del sistema).
2. la semántica, como relación del signo con el referente, aunque sin entrar propiamente en el problema de la objetividad, si no era en la dimensión restringida del fisicalismo conductista (lo que es zanjar de un plumazo el más importante problema de la epistemología).
3. la pragmática, como relación de los signos a sus usuarios o, lo que es más exacto, relación del signo con los comportamientos (aspecto también éste que en Morris pierde toda la riqueza de tratamiento que le daba Peirce).

A partir de aquí, y cuando toda la investigación de su tiempo insistía en un tratamiento estático y mecanicista del concepto de «estructura», Francastel tiene la importancia de facilitar una utilización no restringida de dicho concepto. En ese sentido, y sin que se me oculten los inconvenientes que tiene este autor, la secuencia propuesta por Francastel (Estructura/Formas/formas) conducía hacia planteamientos que desbordaban tanto la usual psicología del arte como el sociologismo imperante. La Semiología alcanza entonces (y ello en el terreno resbaladizo, por tantos conceptos, del arte) la necesidad de su limitación. No sólo se hace precisa una ciencia de la Historia (= materialismo dialéctico), sino que se advierte que, para cada clase de actividad, es necesario plantear la exigencia de epistemologías y metodologías propias que den cuenta de su especificidad. De esta manera, el tratamiento del arte, tal y como lo concibe Fran-

castel, se ve necesitado de abrirse a una psicología genética, por una parte (capaz de dar cuenta de la «subjetivización» de tales estructuras productoras), y a una historia de las Formas simbólicas, por otra.

## Historia y prácticas productivas

67. Con todo ello, podríamos salir de la tradicional especulación filosófica y subjetivista acerca de la creatividad. Conectando objetividad con lenguaje, significación con simbolización, lenguaje con percepción, completando, en fin, un estructuralismo con una genética del desarrollo y no de la evolución, la misma «personalidad» deja de ser un mero concepto operativo. Se abre así a las necesidades dialécticas de lo que, en otros lugares, he llamado el proceso único de **«hominización/humanización»**, la dialéctica de las necesidades y el deseo, etc., etc. Se trata no sólo de combatir contra el formalismo de un repertorio encerrado sobre sí mismo, incapaz de dar cuenta de la experiencia, incapaz de distinguir entre la significación vivida y la significación comunicada. Se trata, en fin, de establecer la conexión entre **estructura productiva social y matrices generativas de la actividad individual**. Porque es en esa conexión donde el problema de la creación comienza entonces a plantearse con claridad.

68. Semiótica y semiología, pues, necesitan ser completadas en sus «extremos»: de una parte, por la ciencia de la historia, por la historia no sólo de las formaciones sociales, sino también por la historia de las «Formas» de actividad simbólica y/u objetiva. Por otra, con las epistemologías que estudian la efectua-ción de la objetividad, lo que, necesariamente, conduce a una genética del sujeto y de sus modelos productores. Insisto en este punto, ya que no sólo es preciso reconocer la esencial historicidad de todas las prácticas sociales, sino que, además, es necesario determinar los procesos genéticos que llevan «del acto al pensamiento» (Wallon), de la acción a la significación.

69. Mouloud no ha pretendido otra cosa: dejar la consideración ideologista que pretende concebir la estructura como un **«sistema ordenador»**, para llegar a concebirla como un **«esquema formador»**. Con ello, intenta evitar los equívocos de un mentalismo lingüístico (como tantas veces ha inducido a ello Saussure), pero también la falsa naturalidad de lo objetivo. Esto es, se trata de completar un análisis de la significación con la crítica epistemológica de la significación. O, lo que es lo mismo, abrirse a una crítica de la objetividad. Por lo tanto, se trata de dar cuenta del proceso de «instalación» de las estructuras de la objetividad, pero comprendiendo que esa «instalación» no es gratuita, pues es lo que funda la subjetividad. El sujeto no es otra cosa que el emergente de esa realización y de su propia práctica (como decía la vieja crítica, no hay sujeto allí donde no hay objeto).

70. Desde esas consideraciones, lo que interesa es cómo adviene el lenguaje, porque el «lenguaje» se convierte en el **«esquema orientador de las acciones y las representaciones»**. El sujeto lingüístico se convierte entonces en sujeto de la acción y la objetividad sociales y la abstracción estructural lingüística primitiva en la densa malla histórica del Ecosistema.

71. Hay, además, que tener en cuenta que la lingüística pertenece, de manera privilegiada, al ámbito de la comunicación. Pero, en ella, en la forma lingüística, no se construye, sin más, la significación. Gilles-Granger decía que, en el terreno de la significación (de la simbolización, diría yo), había dos profundos dramas: el de un mudo lenguaje (puro signo) que llega a hablar exclusivamente de sí mismo y al que los hombres mitologizan en la idea de las matemáticas o de una lógica universal, lenguaje que se presenta como eterno aspirante a la Verdad universal, pero, que, al final, es sólo la verdad de su impotencia, para alcanzar lo real. El segundo era el drama de lo vivido que no es capaz de significarse, que desborda permanentemente al lenguaje, pero que no lo contiene y que, finalmente también, queda como residuo palpitante, como silencio que recubre el lenguaje extraño. El lenguaje, pues, significa en la comunicación, pero hay zonas psíquicas, estados psíquicos, que desbordan al lenguaje verbal y que no son asumidos por él. Ideología y locura se instalan en ámbitos de una significación que no le pertenece al sujeto, que se desconoce, que no es asumida, que es producida... y productora.

## Materialismo dialéctico del conocimiento

72. Las estructuras propias del pensamiento, sin embargo, se hablan desde, en el lenguaje. La paradoja consiste en que las significaciones del lenguaje **no son el conocimiento**. El lenguaje «estructura» al pensamiento y éste, a partir de esa estructuración, orienta las formaciones perceptivas que, al contacto con lo real, anticipan, ordenan, seleccionan, constelan hacia una esfera de significaciones que el pensamiento «realiza». Esta es la gran paradoja de un lenguaje que se realiza desde la acción.

73. Por lo tanto, la forma lingüística, por sí misma, no constituye conocimiento, aunque puede llegar a «fijar» las «significaciones» de los acontecimientos. Lo que construye conocimiento es esa dimensión formalizadora operatoria mediante la cual el pensamiento **«construye y realiza el proceso del conocer»**, en su contacto con lo real (Mouloud). Con lo que, entonces, se trata de comprender cómo se instala el plano referencial que instituye a las formas significativas y objeto-sujeto, definidas por el plano en que se instalaban tales relaciones. Piaget trataba de resolver este problema de semantización, aludiendo a tres tipos de «intuición» que se dan en el individuo y cuya estructura venía especificada por la intervención del tipo de material y sus operaciones:

- empíricas
- operatorias,
- simbolizantes.

Aunque estas tres estructuras pertenezcan, según Piaget, a tres etapas distintas del desarrollo genético de la inteligencia, finalmente deben estructurarse entre sí, para facilitar la dimensión objetivadora de la realidad (es decir, su conocimiento).

74. Sin embargo, Piaget cae en el naturalismo de la «representación». Pero no se trata de afirmar que las estructuras simbólicas del pensamiento reflejen o describan un objeto que les es antecedente. Por el contrario, de lo que se trata es de llegar a la comprensión de que la objetivación es un auténtico proceso de interacción entre estructuras, las que proceden del sujeto (en su constitución semantizadora) y las que provienen del material. La interacción entre ese sujeto y lo real, entre los materiales de la percepción o de la significación y su ordenación formalizada en un sistema de interdependencias definidoras. Por ello, la construcción del concepto y de su sistema es correlativa con la formación del objeto. En definitiva, la construcción del símbolo es, a la vez, la construcción de lo real y de su orden acontencional, en el que el sujeto está inmerso en toda la dramática de su realización.

75. Pero, por otra parte, esta concepción no es idealista. Porque el pensamiento no construye lo real, sino que únicamente interviene en la «**formalización objetiva**» que es su conocimiento. No es tampoco naturalista, porque lo real no es nada que se dé al margen de toda otra mediación social. Incluida la que introduce el propio sujeto del conocimiento (independientemente de lo que, en este punto, pueda pensar un Althusser y Cía.). El objeto es un «construido», una ordenación conceptual de materiales independientes de la propia actividad del sujeto.

76. Otra cosa muy distinta es el plano donde se sitúe el referente. Por lo tanto, el nivel específico de la referencia. Cuando se afirma que las categorías ideológicas, científicas, técnicas, comunicativas, etc., tienen una única matriz histórica de referencia (= formación sociocultural concreta), no estamos diciendo:

- a. ni que el grado de desarrollo sea idéntico en todas ellas (aunque sí decimos de todas ellas que están articuladas entre sí, que son interdependientes).
- b. ni que se identifican sin más los respectivos espacios semánticos en los que el referente se instala (y, por lo tanto, que los procedimientos de formalización/simbolización no son idénticos, como no es idéntica la relación de referencia y de validación experimental en todos ellos).

El simbolismo no se realiza de igual manera en el arte que en la ciencia o en los procedi-

mientos ordinarios de la comunicación cotidiana. Son distintos sus esquemas formadores, como son distintos sus modelos concretos. Entre la teoría del estructuralismo y los procedimientos poéticos contemporáneos en arte hay analogías que nadie puede negar. Sin embargo, de unas estructuras a otras o de unos modelos a otros no hay convertibilidad inmediata. Como no la puede haber entre las realizaciones simbólicas del lenguaje verbal y las del sueño. La «traducción» de unas formas a otras no pasa de ser, en la mayoría de las ocasiones, más que un proceso analógico y cargado de equívocos. El simbolismo (en el sentido fuerte de la expresión) no puede efectuarse jamás en una sola dirección.

### Notas sobre el concepto de «estructura»

77. Lo anterior queda perfectamente aclarado si se establece el tronco histórico común del que proceden gran parte de las influencias del estructuralismo actual. Así, los conceptos de «estructura» procedentes de campos tan diversos como el de la Economía política (Marx 1867, publicación de la primera edición de «El Capital»), la lingüística (Saussure 1878, publicación de la «Memoire sur le systhème primitif des voyelles dans les langues indoeuropéennes») o el psicoanálisis (Freud y Breuer «Estudios sobre la histeria», de 1895). Pero ver los grandes rasgos de desarrollo del concepto puede ayudarnos a comprender un poco de esa crítica de la objetividad que necesitamos realizar.

78. En efecto, «estructura», en la acepción que mis colaboradores y yo la utilizamos, no alude exclusivamente a las «propiedades» de «**totalidad**», «**relacionalidad**», «**funcionalidad**» (y no simplemente «**causalidad**»), «**autorregulación**», etc. Es cierto que la mayor cantidad de trabajos sobre estructuralismo insisten, permanentemente, en las necesidades descriptivas del sistema y de los elementos que lo componen. Pero no debe confundirse esta tendencia (sincrónica, en su origen, es decir, **estática**) con los significados dialécticos (más que genéticos) que «estructura» implica. Por ejemplo, Marx realiza una «**crítica de la economía política**» que no puede confundirse con la descriptiva de un «sistema puro» de producción. Si no fuera así, considérese toda la dialéctica de las clases sociales, el tema de las «tendencias» objetivas y su vinculación con el factor subjetivo... La estructura no es, simplemente, «una totalidad orgánica y coherente» (significación que ha sido privilegiada por el revisionismo catastrofista y evolutivo y, en psicología, por la «psicología comprensiva» de Dilthey, la Gestaltpsychologie y la fenomenología). Porque, repito, lo que caracteriza a una estructura no es tanto su repertorio, sus leyes de combinatoria o su sintáctica interna, sino su eficacia semántica relacional, su valor estructurado (con la regulación interno-externa de sus leyes productivo-reproductivas) y estructurante (su capacidad de incidencia sobre lo

otro que sí y, en consecuencia, su posibilidad de tensión entre equilibrios y desequilibrios que le permiten intervenir sobre lo otro, incorporárselo y, por lo tanto, ser transformable a partir de esa incorporación de otros elementos).

79. No se trata, en consecuencia, de entrar en el debate organicista de la primacía del todo sobre los elementos. Se trata de privilegiar la dialéctica estructural, su productividad propia, su propia posibilidad de transformación. Yo realizaría aquí una afirmación, cuyo grado de dogmatismo estaría cuestionado por todo lo que llevo dicho. Cuando «estructura» se conecta con «actividad formadora u organizadora» o con la totalidad de las prácticas productivas que un sistema realiza, entonces lo descriptivo tiene necesariamente que quedar en un lugar secundario. «Estructura», en el sentido que vengo exponiendo, es la «ley» de un sistema, su totalización, pero también su eficacia transformativa. En esa perspectiva, la estructura, epistemológicamente hablando, es la ley totalizada de todas las prácticas de «**desnaturalización**» o codificación objetivo-simbólica de la realidad.

80. Por lo tanto, estaríamos de acuerdo con Barthes en que el «estructuralismo» no es **sólo** un procedimiento de clasificación (yo diría que no es eso, en lo fundamental), sino que, esencialmente, es **una actividad organizada**. Y no una actividad de «recorte y ensamblaje» (= bricolage) ni tan siquiera, exclusivamente, de «totalización». El estructuralismo, **en tanto que constructivismo dialéctico**, es una teoría de la objetividad y de la simbolización. Que se instala en el ámbito privilegiado de las epistemologías, lógicas y metodologías que rectifican críticamente el sistema de modelos de las prácticas productivas en su sentido más amplio.

81. Por lo tanto, todo sistema formador o transformador posee su propia lógica, su metodología específica y es tarea epistemológica desprenderlas de sus realizaciones concretas. Comprenderemos entonces que, al igual que la «locura» posee su propia especificidad simbólica (aún desde la deestructuración de los comportamientos simbólicos normalizados), también lo real y lo imaginario, lo plástico y lo matemático... poseen recursos, proyectos, matrices, medios, materiales, lógicas de referencia y de «representación» que son los recursos diferenciados de una creatividad que, hasta aquí, se ha pretendido, mixtificadamente, sólo adscrita al arte y las ciencias.

## La «connotación» y la construcción del sentido

82. Pero, además, todo lo anterior, con la referencia misma que he establecido a su totalización, indica en qué sentido tenga que tomarse un concepto a menudo tan mecanicista como el de «sobredeterminación». Cuando de una obra artística o científica, de un diseño industrial, de un mensaje publicitario deci-

mos que son algo más que simple información, estamos aludiendo a funciones de semantización secundarias y de valoración que se ordenan también en el producto. Una obra de arte es un objeto estético, pero es un documento etnológico, un testimonio simbólico, un símbolo de status, un signo de poder, un valor ideológico. Porque de igual manera que la personalidad es una totalidad que se conduce unitariamente (incluso en los casos en los que tenemos que hablar de «estrategias de la ocultación»), en un sistema de producción intervienen funciones totales, aunque unas destaquen más que las otras. Jakobson ha expresado muy bien este punto, al analizar las funciones del mensaje.

83. Pero hay otra dimensión que es necesario destacar. Me refiero a la «**valoración**» de un mensaje o un producto. «Valorar» no significa simplemente seleccionar y combinar unos materiales hasta obtener un producto significativo. Valorar es transmitir una información **connotada**, es decir, «sobredeterminada» o vinculada a un sistema de motivaciones, de actitudes, de ansiedades, expectativas o experiencias decantadas. Valorar es desbordar el marco presuntamente neutral de las significaciones, para alcanzar la perspectiva de las simbolizaciones, de las ideologías, de la personalidad concreta, de las **conductas-desde-una-situación**. Por lo tanto, es comprender la simbolización desde una ideología actuante, es decir, de las ideologías como determinantes de la personalidad y su contextualización concreta, de las ideologías como determinantes de conductas y de conductas que, en su propia capacidad productiva, reproducen la necesidad del sistema que las posibilita su propia existencia concreta.

84. No quiero decir otra cosa, cuando afirmo de toda producción simbólica que carece de todo sentido, si no es por su inclusión en un ecosistema determinado. Un arte auténtico carece de valor si no es por el enraizamiento en las tradiciones culturales del pueblo en el que se produce. Nada hay, en esa dimensión, desnacionalizado (por más proyección universal que se le pretenda) y, mucho menos, un lenguaje, un procedimiento simbólico.

85. Desde ahí, la economía de una sociedad, de una cultura se reproduce, a través de las relaciones del poder, en la economía de los lenguajes, de sus significaciones valoradas, de sus expresiones realizadas. En breve, el intento de toda economía es el de perpetuarse en las economías personales y lo intenta desde las relaciones que instituyen la trama simbólico-imaginaria de la sociedad. De ahí que toda operación crítica (incluida, por supuesto, la que puede operarse desde la propia psicología) no pueda realizarse exclusivamente sobre uno sólo de los planos (el social o el personal), sino que con toda necesidad tiene que abarcar a los dos.

## Simbolismo y prácticas sociales

86. Desde ahí también, tenemos que combatir contra la supuesta «naturalidad» del lengua-

je «natural». Ninguna significación se realiza en abstracto, fuera del eidós y el ethos que marcan su origen. Por lo tanto, el lenguaje «natural» es portador de una doble instancia **normalizadora** (y normativizadora): **productora/reproductora** de esa misma estructura del sistema que, a pesar de los sujetos, pretende **hablarse** desde ellos y, muchas veces, a pesar de ellos. Estructura que intenta perpetuarse, reproducirse ampliamente, en las prácticas de esos sujetos. El lenguaje «natural» (y no como pretende Althusser) está, «en última instancia», sobredeterminado por el carácter de las relaciones sociales de producción y poder. La «valoración ideológica» del lenguaje «natural», por su mismo ocultamiento, no incapacita radicalmente la crítica de los sujetos hacia la estructura de la dominación. Pero la obstaculiza hondamente. De manera que la crítica sólo es posible donde las contradicciones y, por lo mismo, las prácticas que éstas desencadenan, tienden a cuestionar esa normalización (normativización).

87. Si se prefiere, de igual manera a cómo el inconsciente «habla» («es» hablado, generalmente) y lo hace a pesar y en contra del lenguaje «natural», la objetividad, la conciencia de sí, la crítica de la normalización sufrida, tienen que trascender un plano dado de simbolización significativa. Es necesario trascender el sufriente plano de la sintomática personal y, sin embargo, no es posible avanzar muchas veces sino desde el síntoma. Lo psicológico es secundario, frente a la historia y su «motor fundamental» (= la lucha de clases). Sin embargo, hay una «**constante estructural**» que necesariamente se instala en eso «**vivido**» y que resiste con todo ahínco el paso a su «transcripción» expresivo-simbolizada. A veces, la «normalización» es el silencio de la significación que «se» habla. Que nos habla. ¿Buscar, entonces, la «des-normalización»? He ahí otro mito, porque la pura expresividad es también el grito de una nada. Criticar es desocultar la contradicción. Y ello no puede hacerse al margen de las prácticas que realizan esa contradicción.

## Inconsciente, sujeto y objetividad

88. Por supuesto que esa normalización no es sino uno de los aspectos que reviste la **normativización económico-política**. El tema de la génesis de las matrices ordenadoras y reguladoras de la actividad social y/o personal queda así conectado con el problema de las instituciones, las técnicas de socialización, las «escenas primitivas», las experiencias tempranas afectivas en las que se produce y reproduce la Estructura social (y la personalidad). Ciencia y realidad, conocimiento e institución, ideología y producción, dominación y normalización, oposición y marginación... se refuerzan recíprocamente desde esa dialéctica de la totalización y la sobredeterminación. En ese sentido, conviene ya empezar a realizar una incursión sobre el inconsciente y no considerarlo exclusivamente como el «lugar» de lo reprimi-

do y lo rechazado. Más precisamente, tiene que comenzar a ser considerado como la **formación histórica subjetiva primaria**, a partir de la cual comienza a constituirse la personalidad. El inconsciente, pues, ni como una metáfora ni como un sistema biológico de base, sino como el fundamento de las primeras realizaciones de la actividad y la afectividad, de la necesidad y el gesto, de la acción y la relación objeto, como producto, en fin, de la interacción.

89. Quiero repetir expresamente: el inconsciente no como un «lugar», sino como una **auténtica formación histórico-subjetiva**, precipitada por la interacción. Como la «inscripción» y «totalización» de las matrices generadoras de la afectividad y la actividad, del deseo y la necesidad, de la significación y la expresividad. ¿Qué estructuras posibilitan el intercambio **precisamente humano** entre individuo y medio? ¿Cómo de la simple reacción se puede pasar a la acción? ¿Cómo de las estructuras estrictamente biológicas se puede pasar a la acción? ¿Cómo las estructuras estrictamente biológicas se transforman en psicológicas, a través de su mediación social? ¿Cómo se ordena la conducta? ¿Cuándo el estímulo deja de ser mera señal, para convertirse en símbolo? ¿Cómo los simples trayectos nerviosos, con la red intrincada de sus constelaciones reverberantes, se convierte en el material decantado de la experiencia, sostén y ordenador de la percepción, anticipador de la acción, constructor y anticipador? Piaget mismo no ha sido capaz de responder a todas estas interrogantes y sólo ha podido «describir» las fases de constitución de la inteligencia. Y, sin embargo, eso a lo que él apela, la actividad del sujeto en su interacción en el medio, es lo que hay que explicar. La «interiorización» (=constitución) de los esquemas sensoriomotores y su valor presentativo y re-presentativo, su interconexión con los esquemas lingüísticos, eso es lo que debe ser explicado.

90. La organización transformadora y simbólica de la realidad no puede ser explicada por el simple recurso a un proceso de adquisición de códigos. Por lo mismo, un inconsciente como expresión de una fuerza tendencial reprimida, tampoco es capaz de superar todos los escollos que plantea una concepción físico-energética de la constitución de la subjetividad. En la perspectiva en la que nosotros estamos trabajando, el inconsciente es una formación estructurada y estructurante, es una tensión modelada, esencialmente estructurante. Con otros términos, si aceptamos un núcleo dinámico, organizador de la experiencia, productor de conductas, si aceptamos la distinción entre lo vivido y lo significado, entre lo expresado y comunicado, si aceptamos todo eso, entonces el tema de la personalidad adquiere dimensiones que no pueden ser encerradas en las mecánicas tesis de una maduración biológica-social.

## Creatividad y procesos simbólicos

91. La creatividad se inscribe en estos planos.

Una percepción tematizada, toda ella sostenida por halos complejos de armónicos conscientes e inconscientes, un sistema de vivencias afectivas, de valores y esquemas de comprensión ideológicos, una acción que es producida desde sistemas de estructuraciones sancionadas y normativizadas, en una permanente tensión de asimilación de nuevos elementos, la contradictoriedad del deseo y la necesidad, con toda su carga dinámica... Desde esos supuestos es desde los que puedo afirmar que el lenguaje no denota, sino en las constelaciones de una connotación donde factores individuales, motivacionales, normalizadores, sociales, culturales realizan la «densificación» semántica efectiva y concreta de la significación/producción social. Descubrir, «inventar», formar, contar no son actividades puntuales, excepcionales, que puedan partir de un previo vacío milagrero. No existe artista que no «vea» desde los esquemas plásticos y figurativos de su tiempo y de la tradición a la que pertenece. Como el científico, inscrito en la memoria histórica de unas continuidades y discontinuidades que forman el intrincado y contradictorio trayecto de los discursos de objeto. La creatividad posee la densidad histórica que determina la tradición cultural, la normativización institucional del poder, la experiencia individual y la específica situación social.

92. Los modelos perceptivos, plásticos, científicos, técnicos... no son, pues, productos absolutos, sino que obtienen su validez de una doble historicidad que, a la vez que los gravita, les confiere su eficacia. Por sus efectos operatorios y transformativos, hacen emerger el sistema de formas objetivas que configura lo real significado, hasta constituir ese entramado sociocultural que es lo específico de los sistemas objetivos. Por ello, la objetividad (y, con ella, el mismo inconsciente) es productora como tectónica que no puede ser limitada a las estrechas bandas de una concepción naturalista. Esa doble historicidad no se entrega, sin embargo, fácilmente, de ahí todas las dificultades de esa impregnación de valores vividos, de valores y funciones sociales, etc. La sociedad que diseña su tejido vivo, lo oculta en un entramado que es lo característico de lo que vengo llamando «**ocultación**».

93. Desocultar, pues, es una operación crítica: deshacer el mito sobre la actividad del sujeto y sobre el carácter del producto resultante. Tanto el gesto como el pensamiento dependen de un contexto social, pero, a la vez, de una biografía de experiencias concretas. La objetividad es función de unas necesidades y de unas **posibilidades** que son irreducibles a lo individual. Hay una «**realización**» de lo real que depende estrictamente de lo histórico (= lo económico, el poder, la dominación, las instituciones, la tradición cultural, los recursos expresivo-simbólicos colectivos...). La objetividad se ejerce, pero no a partir de estructuras innatas de ningún agente social privilegiado. El sujeto es él mismo una realización histórica, el producto, en último término, de un pueblo, en la contradictoria realización del azar y la necesidad, de la determinación y la **casualidad**.

El inconsciente «está estructurado como un lenguaje», pero lo esencial de él es su ser de precipitado estructurante. Y ello de manera tal que su complemento objetual no es nunca lo simplemente dado, sino lo elaborado, lo deseado, lo necesitado, lo transformado, lo construido. Pero con la complementación radical de que esa construcción es también la reflexividad activa que lo realiza a él mismo (el inconsciente) hasta producirlo en su específica contextura.

94. Por lo tanto, la creatividad es una función **semantizadora**, un comportamiento productor, sostenido por formaciones arcaicas, reguladas por determinadas economías y traductora de una experiencia decantada. De la creatividad no dan cuenta sólo las variables superestructurales sociales, sino que hay que recurrir a teorías de biografía individual, ecosistema, necesidades, deseo, inconsciente, trabajo y percepción. La creatividad se manifiesta en las más grandes realizaciones de la razón humana, pero aparece también (debe aparecer) en las más simples: en el arte, la ciencia, las técnicas, la resolución perceptiva, la competencia lingüística, la organización simbólica e imaginaria.

95. Pueden variar los códigos: el arte, en apenas un siglo, se ha cargado de nuevos valores expresivos, ha cambiado sus sistemas de referencia, sus modelos perceptivos. De servir el arte plástico a la ideología del relato ha pasado a una función más hermética, la de configurar estrictamente su propio significante. Pero no se confunde con otros tipos de actividad simbolizante. Abandona su vieja economía funcional social. Pero adquiere otra nueva.

96. No vale entonces aplicar viejas fórmulas para criticar nuevos esquemas. Contextualizar históricamente un sistema de objetos es realizar una lectura crítica de ellos. Se trata de encontrar el proyecto de constitución que va desde obtener «el sistema relacional latente en el objeto» (Lévi-Strauss) hasta desprender el sistema estructural que lo produce. Es así como la vieja definición de Piaget de «estructura» cobra un nuevo sentido: «Una estructura es un sistema de transformaciones que implica leyes como sistema (por oposición a las propiedades de los elementos) y que se conserva o enriquece por el juego mismo de sus transformaciones».

## Teorías sobre la creatividad

### El estructuralismo checo

97. Mukarovsky es el primer teórico que comprende (tras los trabajos del formalismo ruso y las experiencias del constructivismo y productivismo) la necesidad de buscar estructuras y modelos, esquemas organizadores y procesos de objetivación, para dar cuenta de lo específico del proceso artístico. Vigotsky fue, igualmente, un genial intuitivo que se adelantó a su tiempo. Mukarovsky comprendió que sólo podría superarse todo el irracionalismo estético y crear una ciencia del arte, encontrando

un procedimiento analítico capaz de penetrar la estructura de la creatividad artística. No sólo asimila a términos de «**significatividad específica**» el problema de la «artisticidad», sino que, además, busca los elementos que le permitan al artista alcanzar los modelos que fijan una determinada construcción referencial. Examina con atención la evolución del arte y llega a percibir las grandes transformaciones que éste ha ido manifestando. Pero, en lugar de buscar viejas categorías filosóficas, lo que trata es de establecer cómo se realiza esa materialización de un modelo que realiza la plástica de un objeto. No busca más allá de lo que es necesario buscar a partir de la concepción de un objeto cultural, de la obra de arte como un específico producto simbólico. En lo esencial, Mukarovsky comprende que, si se quiere recuperar científicamente tal actividad creadora, el análisis debe emplazarse desde la consideración de la obra de arte como totalidad organizada, como la materialización de un proceso significativo que cuenta con sus propios esquemas referenciales, con sus propios significantes. Desde ahí, lo que podemos llamar «creatividad de lo cotidiano» alcanza un determinado plano que ya es posible comenzar a reivindicar.

98. No es, efectivamente, forma verbal el arte, **pero es un lenguaje**. La epistemología estructuralista de Mukarovsky (continuada posteriormente por Bense y Moles) se pone al mismo nivel de las transformaciones artísticas de su tiempo. Con lo que el comportamiento significativo-simbólico comienza a adquirir carta de naturaleza histórica. El análisis formal deja de ser una pura especulación metafísica, irracional, ya que se eleva al plano del análisis de las estructuras y los modelos, de la sociedad y la personalidad. Se da entonces un tratamiento genético a la estructura, tratamiento que se desprende del análisis del material y su organización, con lo que se eleva hasta la dialéctica de la función. Como en cualquier otra producción, el modelo artístico es siempre **operatorio y semantizador**, que descubre e integra, que destaca combinaciones nuevas y las impone. Las formas artísticas dejan de ser, por más tiempo, «estructuras» invariantes, universales, abstractas que reflejen, de una vez por todas, propiedades universales de nadie sabe qué entidad universal. En definitiva, Mukarovsky demuestra que el arte es (y no puede dejar de serlo) un **acto semiótico** que obtiene su pertinencia simbólica de una doble «realidad»: la del artista como intelectual con una trayectoria expresiva, experimental y la de la propia tradición cultural en la que se inserta.

## Creatividad y psicología del yo

99. No introduzco gratuitamente la mención a Mukarovsky. He querido indicar cómo, incluso en el arte, se manifiesta la coimplicación entre significación y expresión, cómo el dominio de un material y de las leyes de su transformación se ponen al servicio de una actividad (= el acto semiótico o simbólico),

de un proyecto formador, productor de objetividad. Y esto es igualmente válido tanto para la psicología de la percepción como para comprender la patología de la incomunicación. Así, Ehrenzweig ha puesto esto de manifiesto al estudiar la coimplicación entre los **procesos primarios** (o procesos del inconsciente) y los **secundarios** (procesos del yo). Enfrentándose a Freud y a todas las corrientes ortodoxas del psicoanálisis, y partiendo también de un material concreto, llega a una afirmación que resultaba entonces escandalosa: **el inconsciente es un factor fundamental en los procesos creadores**.

100. En desacuerdo con la tradición ortodoxa, Ehrenzweig rechaza que los procesos de semantización (o simbolización) pertenezcan exclusivamente al plano de los «procesos secundarios». Por el contrario, afirma la estructuración de los procesos primarios, a los que considera como capaces de producir, ellos también, organización y, por ello, poseedores de la capacidad de intervenir sobre el desarrollo de las manifestaciones espacio-temporales. De esta forma, la posibilidad de una «**imaginación creadora**» ni se desarraiga de los elementos fenomenológicos de la experiencia ni es una simple y exclusiva elaboración de los datos perceptivos. Cualquiera que conozca las teorías psicoanalíticas sobre el inconsciente y el simbolismo admitirá que esta posición entrañaba una fuerte crítica a las tesis ortodoxas (en la II Parte de este trabajo expongo algunos elementos que pueden resultar interesantes sobre las nuevas concepciones del simbolismo).

101. Ehrenzweig supone que la experiencia (y con ella, la construcción significativa) ni puede prescindir de los elementos que le aporta la percepción ni es posible concebir tales percepciones sin un «poder» de base, caracterizado por las capacidades de selección, combinación, elaboración, organización y estructuración. Esto es, el mero contacto con la «realidad» sólo puede proporcionar un material caótico sensible: la elaboración perceptiva y aún más la elaboración simbólica sólo puede comprenderse a condición de suponer que, en las primeras relaciones con los agentes socializadores, se producen las matrices básicas asimilativas, interpretativas, organizadoras y valorativas que convierten a ese material en experiencia. Perceptivamente, como ha estudiado la Gestaltpsychologie, se imponen «todos» estructurados. Pero nada hay biológico que permita prescindir de los procesos de base, es decir, de las matrices formadoras.

102. Para Ehrenzweig, la imaginación creadora no es ni una «facultad» independiente ni extraperceptiva, sencillamente porque es algo que sostiene todos los procesos perceptivos y no exclusivamente un órgano de los procesos creadores. Es un mito de la filosofía y de la psicología primitiva la pretensión de que la imaginación es una facultad específica, productora de lo imaginario, el sueño, el «símbolo individual» y el síntoma neurótico. La imaginación está incardinada en la totalidad de los procesos perceptivos, objetivadores.

Puede darse una sobredeterminación ideológica o interoceptiva de la imaginación, sin embargo, lo que la caracteriza es su naturaleza de **«esquema temporal»**, como modelo-base de la anticipación perceptiva, como **«tematizadora»** de ésta y, en fin, orientadora de toda organización subjetivo/objetiva. Por ello, Ehrenzweig afirma que los procesos creativos no pueden extraerse de la experiencia clínica (como pretenderían muchas de las orientaciones clásicas). Sí es cierto que en el disturbio mental hay una irrupción caótica de la **«fantasmática inconsciente»**, pero esto no significa que el inconsciente carezca de estructura formadora o que simplemente proponga un material indiferenciado.

103. En los procesos primarios no se produce la irrupción de un material indiferenciado, salvo en los casos de destrucción patológica del Yo. En esos casos, la pérdida de organización del Yo representa una regresión total, de manera que se produce la incapacidad para «re-formular» la lógica misma inconsciente. Esto es, el inconsciente produce la ordenación de un material que, a su vez, es ordenado de nuevo por el material que realiza el Yo. Sin esquemas operativo-formales, sin embargo, ninguna de las estructuras del aparato psíquico puede funcionar. De tal manera que es necesaria una articulación de lo «interior» y lo «exterior», producido en distintos planos de un sistema complejo de organización psíquica. Articulación que, además, produce la integración dinámica del propio Yo. Es decir, lo que nos indica una psicología de la creatividad es que la realidad interna y externa se estructuran conjuntamente, en un único proceso de simbolización.

104. Por supuesto, esa integración «conjunta» (ya que se trata de un proceso único, aunque en distintas fases) se manifiesta en latencias «subjetivas» (es decir, biográficas, individuales, pues, pero también sociales) de la simbolización (de ahí también la clasificación de Bühler del signo en «símbolo» y «síntoma» o la de Peirce en «referente» e «interpretante», en la amplia cadena de las concatenaciones valorativas e interpretativas). De ahí que el sujeto, al hablar, al simbolizar, «se» hable y «sea» hablado, es decir, se traiciona o desoculta y es, además, extrañado. Precisamente por el valor **«transpersonal»** del lenguaje, por más que sea el único medio de **expresión comunicable**.

### Otras aportaciones

105. También Gombrich y Piaget, desde supuestos teóricos radicalmente distintos, han mostrado esa opacidad característica de los esquemas formadores y la necesidad de contar con ellos (siquiera sea a título de hipótesis explicativa). El primero, con su análisis del realismo en el arte y el segundo, con el examen del estadio **«sincrético»** de la inteligencia infantil. Es decir, de una u otra manera aparecen **«modelos inconscientes»**, **«esquemas»** organizadores de la acción y la «representación». Thomas, por otra parte, ha puesto de

manifiesto la eficacia productiva conductual de las ideologías, precisamente en su carácter de «filtros» o «esquemas asimilativos» de la inteligencia social. En todos los casos, se puede hablar, con bastante propiedad, de auténticos patrones productores de ordenación significativa y valorativa del material de la experiencia y de los procesos de interacción.

106. Lo que hay que rechazar, por fantástica, es la pretensión fenomenológica de que, en último término, hay dos procesos confluyentes: uno, de carácter perceptivo, con la aprehensión de totalidades organizadas y, otro, el acto clásico de la conciencia que se limitaría a la operación idealista de **«donación de sentido»** a los todos perceptivos alcanzados. Entre otras cosas porque se produce la confluencia de un biologismo (el tantas veces denunciado a la Gestaltpsychologie) y de una presunta naturalización idealista de la «conciencia». Hay un fundamental rasgo de constitucionalidad en la «conciencia» que, por supuesto, no explica una concepción organicista como la de Ey, por ejemplo. El carácter funcional de la «conciencia» se manifestaría en dimensiones más superficiales a las impuestas, como estructuración, por los esquemas profundos de la acción y la «representación».

107. Kubler, Fabrikant, Brik, etc. han analizado suficientemente este aspecto, incluso en lo que Ehrenzweig llamaba **«valor polifónico»** (o multidimensional) de los esquemas primarios. Es revelador a este respecto el gran prólogo de Kubler en su texto «Formes du temp» (en mis trabajos sobre «Aportaciones críticas a la psicología del arte» y «Objetividad estética» he tratado también este punto extensamente).

### La teoría de los «generadores» literarios

108. Elementos de gran interés para la comprensión de este tema de la creatividad se pueden encontrar en la ponencia de Ricardou sobre «Elementos de una teoría de los generadores». Ahí también se trata de aproximar una teoría de la creatividad a una crítica epistemológica del signo. Así, este autor se niega, de entrada, a aceptar el término mismo de «creación», por los equívocos ideologistas a que da lugar. En ese sentido, prefiere hablar de «producción» por oposición a «creación» y de «capacidad de creación», por oposición a «creatividad». Pero «capacidad» que, para Ricardou, no se enraza en ninguna psicología de las aptitudes, sino que está determinada por la educación y la pertenencia social y cultural de un individuo. De la misma forma, para él «originalidad» lo conecta con la «transformación» de algo dado, transformación que se efectúa sobre la presencia de un material existente y unos **«transformadores»** adecuados. La **«operación generadora»** consistirá, por consecuencia, en la transformación de un material dado en un producto terminado, a partir de los procedimientos que posibilitan los «generadores».

109. En esa dinámica de eliminación o purificación ideológica, Ricardou se niega a conceder estatuto científico a nociones como «expresión» («si crear es sacar algo de la nada, entonces radicalmente no existe creación para el hombre». «Si expresar es obtenerlo todo a partir de un sujeto prepotente, entonces la expresión es el absoluto del silencio o su degradación, la animalidad...»). Toda productividad transformadora tendrá dos dimensiones:

- de un lado, las bases de partida
- de otro, el trabajo de transformación que representa una determinada operación.

Las bases de partida son para Ricardou una sola: el lenguaje o material ya socialmente significado y que el escritor deberá trabajar, para reducirlo a «**sentido**». Por el contrario, para mí serían tres al menos:

- las ramas configuradas de la actividad sociocultural, tal y como éstas se organizan en la matriz histórica concreta.
- el material y sus técnicas de tratamiento
- el sujeto (o sujetos) mediadores de esa actividad y, con ellos, los modelos del proyecto...

Ricardou pretende ir más allá de una teoría del texto literario: desencadenar una teoría de la «**generación del vocabulario organizado**», generación que consiste en un proceso de transformación de un material ya previamente tratado. Con ello, se intenta superar toda concepción mentalista de la significación, puesto que se pone el énfasis en una auténtica «**producción de sentido**», evidente en los más humildes procesos de construcción simbólica. Ricardou pretende no tener nada que hacer con lo «subjetivo», sino que se instala en las garantías de la eficacia productiva de las matrices materiales y organizadoras. En suma, para él todo se trata de resolver con el recurso a un modelo «matricero» que sería el auténtico creador. Por supuesto, prescinde de matices conscientes o inconscientes: se trata de dar con los modelos adecuados y, lo demás, va de suyo.

## Críticas

110. Las objeciones creo que no pueden ponerse, a esta teoría de Ricardou, exclusivamente a cuenta de esa consciencia. Más bien al maquinismo en el que incurre, a fuerza de querer desligarse de toda una ganga adherida al tratamiento ideológico de la creatividad. Las matrices no sólo no pueden actuar por sí solas: es que, además, es necesario que existan otras matrices complementarias, capaces de codificar el texto producido por las primeras. Queda todo el problema de un texto que no es una simple ensambladura, ya que las significaciones «construyen» el sentido frente al compor-

tamiento que las actúa. Las obsesiones del productor, pero también las expectativas del receptor, su propio stock lingüístico, etc., fija unas vías sorprendentes por su dinamismo para la emergencia de ese producto tan cambiante que puede ser el texto.

111. Por otra parte, el «generador» no puede quedar reducido a un problema de expansión funcional, ya que lo que se pretende (en arte como en ciencias, en los lenguajes técnicos como en el lenguaje «natural») es un procedimiento de «**expansión semántica**». Que funcione, pero que funcione como siendo capaz de producir esa **emergencia relacional** en la que consiste todo concepto, todo objeto, toda acción. Lo que se juega aquí es la **eficacia referencial** del repertorio y no las simples variaciones del juego (regular o no) del repertorio.

112. El generador, además, no actúa si no está doblemente integrado, como ya he anunciado en 110: no sólo en el sujeto agente, sino, además, en la malla estructural donde tal generador alcanza su operatividad objetiva. Y sólo en ese contexto, el generador tiene alguna razón de ser. En definitiva, el generador o es esa totalización estructurada y estructurante de la que vengo hablando o carece absolutamente de alguna validez (y no voy a entrar en la polémica que podría suponer echar mano de los modelos cibernéticos: siempre será necesaria la programación, incluso de las posibles variaciones).

## A modo de conclusiones provisionales

113. ¿Puede, por otra parte, la psicopatología contribuir a un esclarecimiento superior de la creatividad? En concreto, me refiero al recurso a lo irracional, como teoría que pretende tomar sus títulos de legitimidad de la obra de Freud. En ese sentido, se trataría de conectar creatividad con comportamiento análogos a los del procedimiento neurótico. Freud, se supone (?), apela así a la dinámica de «**sublimación**» de unas necesidades que, incapaces de enfrentarse con lo real, se realizan en la fantasmática del deseo, de lo imaginario. Hay, sin embargo, como una ambivalencia esencial en ese psicoanálisis clásico, incapaz no sólo de captar lo específico de la creatividad (la «artisticidad» de los formalistas rusos o la semantividad de la que vengo hablando), pero, además, incapaz incluso de deslindar con toda propiedad lo que es la «obra» producida.

114. La sublimación es el proceso por el que una energía (pulsional, en su origen) es «desplazada» de su objeto propio y revelada bajo expresiones que han sufrido las elaboraciones secundarias. Anna Freud describía este proceso de sublimación como el «desplazamiento del deseo instintivo, en la conformidad hacia valores sociales más elevados». Pero, añade a continuación, que la sublimación pertenece tanto al orden de «lo normal» como al de la neurosis. Lo que, evidentemente, no ayuda en nada a la clarificación del tema.

115. Evidentemente, la perspectiva del psicoanálisis clásico no contribuye a la clarificación del tema que estamos tratando. Y esto lo vio muy bien Ehrenzweig, cuando afirmaba que, en el tema de la creatividad, la estructuración simbólica sólo podía ser explicada a partir de la articulación entre procesos primarios y procesos secundarios. Por lo que, en definitiva, sólo una psicología del Yo podía llegar a dar razón de los modelos formadores. Y esto es algo que también conduciría a Fairbairn a su «revisión» teórica (es necesario ver las siguientes partes de este trabajo).

116. Me voy a extender en otro lugar sobre este extremo. Ahora sólo me queda indicar que sólo un psicoanálisis que haya encontrado su «corrector epistemológico» puede contribuir a esclarecer el tema de la creatividad y su conexión con la personalidad. Un psicoanálisis que no desdeñe la historia de las formaciones. En esa línea, recomiendo el estudio de Pleyne sobre Matisse y el arte contemporáneo. En él se encontrarán muchas aportaciones importantes respecto al tema que estamos tocando.

117. La creatividad queda, con todos estos autores que he tenido que citar tan sumariamente, inscrita en un marco que desborda radicalmente sus planteamientos tradicionales. La creatividad es del orden de lo simbólico. Pero esto simbólico se realiza en una permanente tensión de materialización, en las fuerzas productivas de una sociedad, de una cultura, de una lengua, en las relaciones sociales concretas de la interacción, en el estructurarse del carácter y en la formación de la personalidad. Lo sensomotriz no es nada (nada «humano», se entiende) si no está conectado con la significación, lo que exige que lo «natural» esté todo ello transformado en objeto y el objeto en símbolo, por el intermedio del lenguaje. Una estructuración progresiva sensomotriz, tal como la pretende Piaget, es impensable, sin la intervención de las progresivas estructuraciones de las operaciones conceptuales. Lo verbal, consecuentemente, no se opone a lo sensomotriz, sino que lo caracteriza. Y lo hace como **diferenciación cualitativa** o «humanizadora».

118. Lo simbólico no significa, sino en la medida en que hay una trasmutación dialéctica de lo real percibido. Lo vivido es estructurado por la corriente dialéctica de lo real percibido. Lo vivido es estructurado por la corriente de significaciones que el lenguaje posibilita, pero siempre hay un «residuo» irreductible, que no puede menos de quedarse en expresión. A la vez, lo conceptual se ordena en el mismo proceso en el que se produce lo objetivo. De tal manera, no hay un único y puntual proceso en el que se nos dé totalmente lo objetivo. Porque la objetividad es un proceso de diferenciación, donde el proyecto de la razón, en su desarrollo, va constituyendo conceptualmente esa realidad, tematizándola, valorándola, operando en los distintos planos de su efectuar. La percepción va así, contradictoria, discontinuamente integrando sus elementos, hasta ese punto en el que «lo concreto de

pensamiento» refleja el movimiento profundo de lo real.

119. La creatividad, en fin, es el ejercicio de esas matrices de acción de las que vengo hablando continuamente, matrices que se constituyen (y que son constituidas) como «**inconsciente estructural**», de origen, génesis y desarrollo históricos. Matrices que, en su acepción más dialéctica, formarán esa «**memoria étnica o social**» que se revela en el gesto y la palabra (Leroi-Gourham). En tal proyección, Reavault D'Allonnes establece la necesidad de caracterizar a la creatividad en esa confluencia del producto que se materializa y del proyecto que se realiza, entre la situación que urge y apremia y los materiales e instrumentos que concretan la actividad productora. No se puede simplemente exorcizar la subjetividad: el esquema formador no existe sin ella. No se puede tampoco rechazar la historicidad, porque es realidad de ese proyecto creador. Tratar de evitar una falsa posición ideologista no representa tener que caer en una mecánica operatoria, desubjetivada, que se negaría desde su máquina a sí misma, tal y como se ve en Ricardou y en los teóricos del grupo Tel Quel.

120. Voy a pasar, en la II Parte de este Estudio, a trabajar el tema de lo simbólico. Considero que apenas hemos hecho que asomarnos a un terreno árido y de grandes dificultades por su abstracción. Espero que a continuación podamos llegar a unas concreciones que nos permitan superiormente abordar las complejas relaciones que median entre la creatividad y la personalidad. Una creatividad concebida como un rasgo constante de lo que es su realización ejemplar, la personalidad. Por otra parte, en las tres conferencias que voy a pronunciar en este Ciclo de la Caja de Ahorros de Navarra, en Pamplona, expondré las dimensiones prácticas de nuestro trabajo.

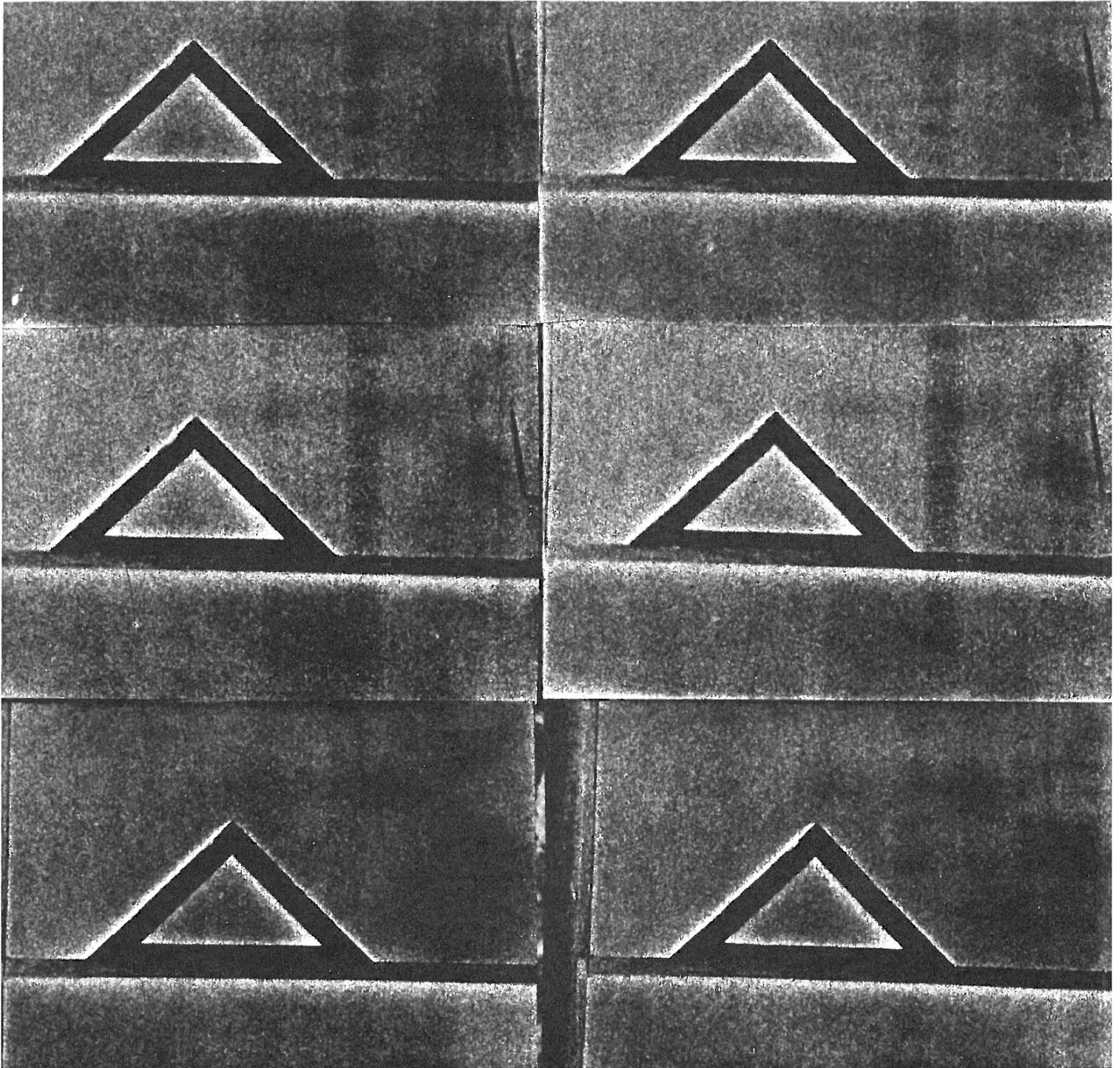
**Madrid, abril de 1980**

## BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- ADORNO, Th. «Aesthetische Theorie». Surkamp.
- BERENSON, B. «Esthétique et histoire des arts visuels». Albín Michel.
- BENVENISTE, E. «Problemas de lingüística general». Siglo XXI.
- CHOMSKY, N. «Estructuras sintácticas». Aguilar.  
— «El lenguaje y el entendimiento». Seix Barral.
- DURAND, G. «Las estructuras antropológicas de lo imaginario». Guadarrama.
- ECO, U. «La estructura ausente». Lumen.
- EHRENZWEIG, A. «L'Ordre caché de l'art». Gallimard.
- FAIRBAIRN, W. R. D. «Estudio psicoanalítico de la personalidad». Paidós.
- FRANCASTEL, P. «Art et psychologie». Journal de Psychologie 1954, 1-2.  
— «Naissance d'un espace: mythes et Géométrie au Quattrocento». Revue d'Esthétique 1951, IV, 1.  
— «Estructuralismo y estética». N. Visión.  
— «Peinture et société». Audin.
- FREUD, S. «Psicología del Arte». Alianza Editorial.
- GRANGER, G. G. «Pensamiento formal y ciencias del hombre». Ariel.
- JAKOBSON, R. «Semiología, afasia y discurso psicótico». Rodolfo Alonso.
- KRIS, E. «Psychoanalytic explorations in Art». International University Press.
- LAKATOS y otros. «Crítica y conocimiento». Grijalbo.
- LEROI-GOURHAM, A. «El gesto y la palabra». Editora Nacional de Caracas.
- LEVI-STRAUSS, C. «El proceso ideológico». Tiempo Contemporáneo.
- MATA, J. L. de la. «Dialéctica de la personalidad». Pamplona.  
— «Psicología y semiótica de la creatividad». Comunicación XXI.
- MEYERSON, I. «Les fonctions psychologiques et les oeuvres». VRIN.
- MONOD, J. «El azar y la necesidad». Barral.
- MOULOUD, N. «Lenguaje y estructuras». Tecnos.  
— «Les structures, la recherche et les savoirs». Payot.
- MUKAROVSKY, J. «Il significato dell'estetica». Einaudi.
- PIAGET, J. «Lógica y conocimiento científico». A. Redondo.  
— «La formación del símbolo en el niño». FCE.  
— «Seis estudios de psicología». Seix Barral
- PLEYNET, M. «L'enseignement de la peinture». Seuil.
- Redacción de TEL QUEL. «Teoría de conjunto». Seix Barral.
- REVAULT D'ALLONNES, O. «La création artistique et les promesses de la liberté». Ed. Kliencksiesck.
- RICARDOU, J. en «Art et Science. De la créativité». 10/18.
- STORR, A. «Les ressorts de la création». R.Laffont.
- VARIOS. «Psicología: Ideología y ciencia». Siglo XXI.
- VIGOTSKY, L. I. «Pensamiento y lenguaje». Pléyade.
- WALLON, H. «Del acto al pensamiento». Psique,



Sala de Cultura de la  
Caja de Ahorros de Navarra  
Mártires de la Patria, 39. PAMPLONA



Días 28, 29 y 30 Abril - 8 tarde



Sala de Cultura de la  
Caja de Ahorros de Navarra  
Mártires de la Patria, 39 PAMPLONA

D. L. MA 406 1984 - Calles Euzkadi, Pamplona